

BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

SU MAJESTAD EL GATO





eb

LOU CARRIGAN

SU MAJESTAD EL GATO

Colección LA HUELLA n.º 118
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 52.316 - 1976

Impreso en España - printed in Spain

1.a edición en esta Colección: febrero, 1977

© Lou Carrigan - 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Clarence Hadaway, inspector especial del F. B. I., afecto únicamente a las órdenes de John Edgar Hoover, y nombrado por éste jefe de los servicios de contraespionaje del F. B. I., alzó la cabeza del expediente que tenía abierto ante él y miró amablemente a su ayudante, el avisado y sonriente agente especial Russ Jones..., el cual, en aquel momento, no se mostraba precisamente sonriente.

—¿Sí, Russ? —se interesó Hadaway.

Russ Jones cerró la puerta del despacho, y se acercó a la mesa de su jefe y amigo, tendiéndole un papel.

—Malas noticias, señor —señaló el expediente que Clarence había estado leyendo—. Precisamente sobre el *affaire* de La Habana. Acaban de llegar desde allí, vía Miami.

Hadaway leyó lo escrito en el papel, y su gesto se nubló. Quedó pensativo unos segundos, con expresión preocupada, cosa que no era normal en él.

—Mala suerte —susurró al fin—. Esto va a complicar mucho las cosas.

—¿Complicarlas, señor? Yo creo que podemos dar el asunto por perdido. Si quien estuviese acorralado en el aeropuerto de La Habana fuese uno de los nuestros, quizá habría probabilidad de que escapase. Pero no creo que eso pueda conseguirlo ese periodista cubano, Esteban Montero. Es un hombre muy cerebral, pero nada más. Bueno... Usted está viendo su fotografía ahora, señor, y leyendo los datos que tenemos sobre él...

Clarence asintió con la cabeza, y se quedó mirando la fotografía

del periodista cubano Esteban Montero, que figuraba en el expediente. A simple vista se adivinaba la gran inteligencia de aquel hombre, pero eso no le iba a ayudar a escapar del cerco que la Policía cubana acababa de tender en torno a Rancho Boyeros, el aeropuerto de la capital de Cuba. Esteban Montero tenía el rostro delgado, la frente despejada, la boca grande y simpática... Era más bien feo, y se notaba en el acto su gran timidez, cosa sorprendente en un periodista, que, posiblemente, era el número uno de Cuba. Los periodistas, bien sabido es, no se distinguen por su timidez... De un modo u otro, Esteban Montero parecía el hombre absolutamente incapaz de realizar cualquier cosa que requiriese acción, seguridad en sí mismo, rapidez, decisión... Con su inteligencia, quizá resolviese cosas asombrosas. Pero si se trataba de pelear, Esteban Montero era hombre al agua.

—Sí —suspiró Clarence—. Me temo que no podremos esperar gran cosa de la iniciativa luchadora de este hombre, Russ. ¿No hay ninguna posibilidad de que le ayuden algunos de nuestros amigos en La Habana?

—Sería peligrosísimo para todo nuestro sistema, señor. De Miami nos dicen que los muchachos de La Habana han advertido que quizá estén varios días sin poder comunicarse mensaje alguno. En cuanto acercarse al aeropuerto para sacar de allí al periodista Montero, sería una completa locura. Y quizá no tan productiva como convendría, señor. Ya sabe que Esteban Montero tuvo que escapar de su casa sin poder llevarse el microfilm. Todos los datos que nos podría proporcionar si lo sacáramos del aeropuerto serían de memoria. Me pregunto si vale la pena correr más riesgos.

—¿Me estás sugiriendo que dejemos a Esteban Montero atrapado como un ratón en Rancho Boyeros, que nos desentendamos de él?

—Bueno... No sé, señor... Desde luego, no me parece honesto por nuestra parte. Tenemos que agradecer a ese periodista la amistad y confianza que nos ha demostrado, pero... Vaya, tendría que ser verdaderamente un ratón para poder escapar de Rancho Boyeros.

—Un ratón... —Clarence parpadeó—. O un gato, ¿no?

—También un gato podría escapar, claro. Pero no un hombre como parece ser ése... ¡Cáscaras! ¿Está pensando lo mismo que yo, señor?

—Me parece que sí, Russ —sonrió Clarence—. No perdemos nada con estudiar esa posibilidad. ¿Quieres ir al Fichero y traerme la ficha de Su Majestad El Gato?

—¡Con mucho gusto, señor! —exclamó Jones.

Cinco minutos más tarde, Hadaway abría la carpeta que contenía los informes que precisaba. Lo primero que destacaba en ella era la fotografía del agente especial en cuestión: cara delgada, bronceada, ojos grises, mandíbula fina y aguda, como desafiante... Cabellos castaños, muy cortos, muy a lo deportista. Algo que tenía que llamar poderosamente la atención de aquel hombre fotografiado eran sus ojos, tan claros como los de un gato, con un puntito de ironía en el fondo, como si se estuviese pitorreando de quienes lo mirasen. Un personaje interesante, que podría tener poco más de treinta años. Debajo había un nombre: Cliff D. Osborne.

Clarence colocó aquella fotografía junto a la de Esteban Montero, y volvió a fruncir el ceño.

—Se parecen bastante, señor —comentó sorprendido Jones—. Menos en la expresión de los ojos. El cubano los tiene negros, y Osborne grises, como un gato...

—Eso se puede solucionar con unas microlentillas de contacto negras.

—Claro... ¿Qué está pensando, señor? —Respingó Russ.

—No sé... Al hablar de que de ese aeropuerto sólo podría salir un gato, pensé en Su Majestad El Gato, como llaman sus compañeros a Cliff Osborne. Y... Vaya, realmente, se parecen un poco. El parecido sería mucho mayor si ambos tuvieran los ojos del mismo color.

—Pero, señor, Esteban Montero es miope, siempre lleva lentes de cristales muy gruesos... Lo leí cuando...

—Sé todo eso, Russ. No sé... Se me está ocurriendo una idea que podría dar resultado... Pero es muy arriesgada. ¿Crees que podrías encontrar para dentro de tres horas a un par de cubanos de los que trabajan para nosotros?

—Encontrarlos, ¿dónde? ¿Aquí, en Washington?

—Sí.

—Puedo encontrarlos, desde luego.

—Pues llámalos, Y consígueme unos lentes de contacto negros, y avisa a la Delegación de Richmond de que «inmediatamente»

pongan a disposición del agente especial Cliff Osborne un helicóptero, para que se presente a mí en el plazo máximo de dos horas. ¿Alguna duda?

—No, señor.

CAPÍTULO II

—Cliffton Delano Osborne, de la Delegación de Richmond —se presentó el recién llegado—. A sus órdenes, señor.

Clarence estrechó la mano del agente especial y le señaló uno de los sillones de delante de su mesa. Durante unos segundos estuvo estudiándolo atentamente. Osborne no era muy alto, y más bien resultaba un poco feo, Pero bajo el traje de corte impecable, un observador como Hadaway tenía que notar la fina musculatura, que debía ser durísima. Había repasado durante aquellas dos horas la ficha de Osborne, y la conclusión era de que si alguien merecía ser llamado «gato», ese alguien era el hombre que tenía ante él. Silencioso, tranquilo, delgado y duro, atento... Los clarísimos ojos miraban directamente, con una expresión muy curiosa; era como si no se conformara con lo que veía, y esperase de un momento a otro que apareciese algo más.

—Encantado, Cliff —dijo de pronto Hadaway—. Aunque en el F. B. I, no se permiten los apodos, sé que le llaman Su Majestad El Gato.

Cliff Osborne parpadeó.

—No he presentado ninguna queja al respecto, señor. Ni me molesta que mis compañeros me llamen así. Francamente, no creo que eso sea lo bastante importante para incomodarlos con una reprimenda por parte de la Dirección...

—No, no, no... —cortó al fin Clarence—. No se trata de eso, Cliff. Dígame: ¿por qué supone que decidieron llamarle Su Majestad El Gato? ¿Por sus ojos?

—Eso influyó quizá, señor. Pero no fue solo por eso. Bueno...

—¿Quizá fue porque usted se escapa de cualquier sitio, salta desde cualquier altura, escala cualquier obstáculo, se esconde en

cualquier agujero, no hace nunca el menor ruido, no se altera jamás...? ¿Fue por eso, quizá?

—Creo que sí, señor. Le aseguro que no hay mala intención en mis compañeros al llamarme Su Majes...

—Atienda, Cliff: hace unos días, nos llamaron desde La Habana, vía Miami, unos compañeros que tenemos allí. Nos decían que un periodista muy famoso en Cuba, llamado Esteban Montero, tenía algo que quería entregar al

F. B. I.:

un microfilm.

—¿Espionaje, señor?

—No exactamente. Pero escuche: siguiendo mis órdenes, desde la Delegación de Miami partió hacia La Habana un agente especial, llamado Richard Merrill... Es éste. Espero que no se le olvide su rostro.

Cliff Osborne tomó la gran fotografía que le tendía Hadaway, y estuvo unos segundos estudiando el rostro de su compañero del F. B. I.,

el agente especial Richard Merrill. La devolvió.

—Recordaré a Merrill, señor.

—Bien. Richard Merrill consiguió entrar en contacto con el periodista Esteban Montero, pero, evidentemente, las cosas se complicaron desde el principio. Tuvieron que escapar a toda prisa de la casa de Esteban Montero, dejándose allá el microfilm. Richard Merrill va a encargarse de intentar recuperarlo, y, mientras tanto, puesto que Esteban Montero es muy conocido, quiso que se escapase de Cuba. Así, pues hizo lo que pudo para ayudarle, pero, fatalmente, Esteban Montero ha quedado cercado en el aeropuerto de La Habana por la Policía cubana. Según Richard Merrill. —Hadaway sonrió levemente—. Montero está encerrado en uno de los inodoros de la sala de vuelos internacionales.

—Aromático lugar —sonrió también Osborne—. ¿Qué hace Merrill mientras tanto?

—Merrill se puso en contacto con su radio de bolsillo con nuestros residentes de La Habana, para que nos avisaran. La situación actual es la siguiente, en definitiva: Richard Merrill, que nada puede hacer por Esteban Montero, se va a ocupar de recuperar el microfilm en la casa de Montero. Mientras tanto Montero, que

dispone de una radio de bolsillo que le facilitó Merrill, está encerrado en uno de los retretes de Rancho Boyeros. Merrill le ha dicho que no se mueva de allí, y que encontrará el modo de sacarlo, pero que tendrá que esperar no menos de un día. Ahora, imagínese usted a un hombre de nervios poco firmes, encerrado en un retrete durante veinticuatro horas y sabiendo que la Policía tiene completamente rodeado el aeropuerto, lo cual, obviamente, impedirá a Merrill que pase a intentar ayudarlo. Sería una locura que Merrill no va a cometer, naturalmente.

—¿Cuánto tiempo lleva Montero encerrado en ese retrete?

—Unas cinco horas ya... O sea, desde las nueve de la mañana.

—¿Cree que sus nervios resistirán?

—Lo dudo. Pero, supongamos que resistiesen las veinticuatro horas establecidas por Merrill. ¿Qué pasaría cuando Montero viese que han transcurrido y que no le llega ayuda de ninguna clase?

—Calculo que perdería por completo el control, intentaría escapar de allí como fuese, y la Policía cubana lo atraparía, casi con toda seguridad. Veinticuatro horas encerrado, oyendo continuamente gente a nuestro alrededor, sabiendo que en cualquier momento la Policía puede decidir abrir todos los compartimentos sanitarios, es suficiente para destrozar los nervios a cualquiera. ¿En verdad Merrill no puede ayudar a ese pobre periodista?

—No. No puede. Es materialmente imposible entrar en ese aeropuerto sin ser sometido a un examen rigurosísimo. Y todavía es más difícil salir.

—Claro... ¿Qué clase de hombre es Esteban Montero? ¿Audaz, decidido...?

—Todo lo contrario.

—En ese caso, señor, parece que no va a poder escapar de ese aeropuerto de ninguna manera.

—¿Podría escapar usted, Cliff? —preguntó rápidamente Clarence.

—¿Yo? No sé... No conozco el aeropuerto, no sé cómo está montada la vigilancia...

—Oh, vamos, Cliff... Supongamos que está usted encerrado en el inodoro cinco del aeropuerto de La Habana, y que sabe que a su alrededor todo son policías, de modo que sabe muy bien que no

puede esperar ayuda del exterior. Tiene que escapar usted con sus propios medios... ¿Podría conseguirlo?

—Quizá, señor. Pero le recuerdo que me llaman «gato», no «pájaro». De todos modos, ése no es el caso: quien está acorralado en Rancho Boyeros es Esteban Montero, no yo.

—¿Qué tal habla usted el español? —preguntó Clarence en este idioma.

—Bastante bien —admitió Cliff, en el mismo—. No para engañar a espías experimentados, pero lo hablo aceptablemente.

—En efecto —admitió Clarence—. Le vi a hacer falta hablar muy bien el español, Cliff. Esto... ¿Sabe tocar la guitarra tan bien como hablar el español?

Cliff Osborne se quedó mirando atónito al fabuloso inspector especial del
F. B. I.

—¿La guitarra, señor? Pu... pues... Bueno, no sé... Aprendí a tocar un poco el banjo, pero la guitarra... También toco la armónica bastante bien... Pero no comprendo...

Se calló, porque Hadaway había abierto la comunicación de su *intercom*, y decía:

—¿Russ?

—Sí, señor.

—Que sean un banjo y una armónica. Olvida la guitarra.

—Sí, señor. En seguida.

Hadaway volvió a cerrar, y se quedó mirando sonriente al estupefacto agente especial.

—A pesar de la prohibición que rige en nuestro organismo, Cliff, siempre hay algunos agentes que reciban un apodo por parte de sus compañeros. Puesto que existe esa prohibición, es de suponer que cuando los agentes se arriesgan a poner un mote a un compañero, es porque se lo merece de verdad. Espero que no haga quedar mal a sus compañeros, y que demuestre que merece ser llamado Su Majestad El Gato.

—Pero yo... yo no entiendo, señor... ¿Cómo puedo demostrar eso? ¿A qué se refiere?

—Tendrá que escapar del aeropuerto de La Habana pese a las docenas de policías que lo vigilan.

—¿Yo? ¿Yo tengo que escapar? ¡Pero, señor, no soy yo quien

está allí, sino ese periodista cubano!

—Ya dijo eso antes. Pero se equivoca, Cliff: es usted quien está acorralado allí. Los cubanos están buscando un ratoncito, y vamos a... soltarles un gato. Veamos si atrapan a Su Majestad El Gato.

CAPÍTULO III

Mary Anne Welles estaba contentísima. ¡Por fin habían llegado sus vacaciones! El inconveniente de tener un empleo importante, de ser pieza fundamental en una actividad, siempre se deja sentir en el problema de las vacaciones: cuanto más importante es uno, más difícil le resulta tomarse unas vacaciones auténticas... ¡Pero habían llegado, al fin!

Se había instalado nerviosamente en uno de los asientos del avión que la iba a llevar a Miami. ¡A Miami! Y nada menos que iba allá en el principio de la buena época, es decir, cuando el calor comienza a decrecer en su aspecto pegajoso, y los mosquitos van desapareciendo. Llegaría a Miami a principios de temporada, y pensaba divertirse como nunca. Era soltera, libre de todo compromiso, tenía dinero para gastar..., y era bonita. Muy bonita. Rubia, ojos azules, boquita redonda, llena y sonrosada, cuerpo sugestivo...

Consultó su relojito. Eran las cuatro y cuarenta minutos... Es decir, que hacia las seis de la tarde, aproximadamente, el *jet* que dentro de cinco minutos iba a despegar de Friendship Airport la habría trasladado desde la aburrida Baltimore a la alegre, soleada, luminosa alegre y lujosa Miami... Se alojaría en Miami Beach, desde luego. Su promedio de gasto diario era de setenta y cinco dólares nada menos, es decir, que podía vivir... como una princesa. Nadaría, asistiría a *night-parties*, a espectáculos divertidos, a...

—¿Me permite?

Mary Anne se volvió, sonriendo, hacia el hombre que le había pedido permiso para sentarse junto a ella. ¿Cómo no había de permitirselo? Ella estaba junto a la ventanilla, porque quería ver Miami al llegar. Un pasajero en el asiento del pasillo no iba a

molestarla en absoluto. Además, si tenía su billete, podía sentarse donde quisiera, eso era lógico.

—Por supuesto, se...

Se calló bruscamente, y su boquita quedó abierta, sin acabar de pronunciar la palabra «señor». Casi en seguida tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar una expresión de desagrado. Evidentemente, ella era una chica moderna, capaz de comprenderlo todo. Podía comprenderlo todo..., menos el hecho de que alguien, para decir y demostrar que era y se sentía libre, fuese un cochino. Sí: un cochino, como el *hippy* que tenía junto a ella, mirándola con socarrona expresión en sus oscuros ojos.

—Muchas gracias, tesoro —dijo el *hippy*.

Y se sentó. Llevaba pantalones de color rojo, del modelo llamado «pata de elefante», y calzaba sandalias. La camisa era una mezcla abominable de colores. De todos los colores del mundo... Parecía que había pájaros, flores, bocas de mujer, corazones carmesíes... Era un conjunto horrible. Una gruesa cadena oxidada suspendía un medallón grande como una mano sobre el pecho del *hippy*, que se veía velludo y bronceado por entre la abierta camisa. Pero lo más estremecedor era su cara, su cabeza... Llevaba barba larguísima, un bigote sucio y enorme, y sus melenas eran sensacionales... En realidad, llevaba el pelo doble de largo que Mary Anne, que pensó que estaba viendo una vieja escoba antigua puesta al revés. Además, llevaba algunas flores marchitas entre los cabellos. Y cuando sus sucios dedos dieron vuelta al medallón, pudo verse la palabra *Love*. «Amor». Realmente, el *hippy* no podía tener un aspecto más cochino. Desagradable, muy desagradable. Lo que colocaba la situación al borde de la tragedia, según opinión de Mary Anne, era la armónica que el hombre se colocó en seguida en la boca, mientras dejaba ver el mugriento banjo, a cuyas cuerdas arrancó unas notas.

—Usted está de suerte, tesoro —dijo el *hippy*—. Va a tener música gratis durante un buen rato. ¿Qué? A Miami, ¿eh?

Mary Anne tragó saliva. Su deseo era marcharse de aquel asiento, pero le pareció que eso sería una ofensa demasiado visible para el *hippy*, y, realmente, por una hora y pico no valía la pena molestar a nadie.

—Sí... A Miami —dijo.

—Yo también voy allá. Claro —sonrió el *hippy*—. Si no fuese a Miami, no estaría en este avión, ¿verdad?

—Claro —musitó Mary Anne.

—¿Qué le gustaría oír ahora?

—Pues... ahora... nada. Vamos a despegar en seguida. Tendremos que abrocharnos los cinturones y todo eso...

—Ah, sí. Lástima. Pero pensaré en algo para tocar mientras estemos en el aire. ¿Le gustaría algo especial?

—No... No creo, no.

—Yo decidiré entonces. ¿Cómo se llama?

—Mary Anne... Mary Anne Welles.

—¡Chóquela! —El *hippy* tendió su manaza—. Yo me llamo Su Majestad.

Mary Anne estuvo a punto de lanzar un alarido cuando aquellos dedos delgados, duros como acero, estrujaron los suyos. Retiró la mano vivamente, y musitó desconcertada:

—¿Có... cómo ha dicho que...?

—Su Majestad —repitió él—. ¡Es claro que ése no es mi nombre verdadero, pero a los empresarios les gusta! Dicen que es simpático y que atrae al público. Con esto, habrá usted comprendido que soy un artista profesional. ¿A que sí, tesoro?

—Sí... Sí, claro...

—Y de los buenos. Se lo demostraré durante el vuelo. Toco la armónica y el banjo a la vez. Sensacional, de veras. ¿Nunca oyó hablar de Su Majestad?

—Me... me temo que no, señor... Su Majestad.

—Se lo vengo amenazando hace tiempo —gruñó el *hippy*—. Cualquiera día lo despediré. Me refiero a mi agente. El muy imbé... Perdón. Quiero decir que no se gasta en publicidad todo el dinero que me roba... Es un ladrón, se lo aseguro. Pero pronto lo voy a despedir, y yo mismo me encargaré de mi publicidad. ¿En qué trabaja usted?

—Yo... yo... yo... yo... soy... directora de... de una agencia de... de publicidad.

El *hippy* se la quedó mirando absolutamente atónito.

—¡Atiza! —exclamó de pronto—. ¿De veras? ¡Precisamente lo que yo andaba buscando! ¿Cuál es su tarifa por lanzar un producto al mercado nacional? Oiga, que somos compañeros de viaje, ¿eh?

Sea modosita en el precio.

—Bueno... Nunca hemos... trabajado con un producto como el que usted ofrece, señor Su Majestad.

—Suená bien, ¿eh? —Guiñó un ojo Su Majestad—. Su Majestad... Cada día estoy más contento del nombre artístico que escogí. ¿A usted qué le parece? ¿Podremos sacarle partido?

Mary Anne no sabía qué contestar, vacilaba... Dos hombres aparecieron apresuradamente en el avión, cuando ya era la hora para despegar. Muy morenos, vestidos de blanco con aceptable elegancia, casi atractivos. Sus movimientos, una vez pasada la prisa, se tornaron indolentes, y se dirigieron hacia el doble asiento con tranquilidad, hablando en español. Estaban colocando sus equipajes de mano en la red cuando Su Majestad comentó despectivamente:

—Le apuesto a que son cubanos o algo así. ¿Sacó usted pasaje para La Habana ha dicho?

—¿Pa... para La... Habana...? No. Para Miami, claro...

—No tan claro. No me extrañaría que fuesen dos de esos chiflados que se dedican a robar aviones para llevarlos a Rancho Boyeros... ¿Usted sabe qué es Rancho Boyeros?

—No...

—El nombre del aeropuerto de La Habana, que está a unas catorce millas o quince de la capital. Francamente, no quisiera ir a La Habana. Es que no tengo contratos allí, ¿sabe?

—Pero si vamos a Miami...

—Nunca se sabe. Cuando se toma un avión en Estados Unidos, lo mejor es pensar que uno ha tomado pasaje para La Habana, de veras, Pero si esos dos me fastidian, tendrán que indemnizarme, ¿no cree?

—Sí... Sí, claro.

—Claro —dijo Su Majestad—. ¡Clarísimo! ¡Bueno! Parece que nos vamos... ¿Quiere que le abroche el cinturón, tesoro?

—Gracias. Ya puedo yo.

—Pues es una lástima. Recuerdo que en una ocasión, en un viaje parecido a éste...

Se había encendido el letrero luminoso con la prohibición de fumar, los pasajeros fueron advertidos de que debían abrocharse los cinturones, el *jet* comenzó a moverse..., y durante todo ese tiempo, y hasta media hora más tarde, Su Majestad estuvo hablando,

hablando, hablando... Se podía decir que en el avión sólo se oían los zumbidos de los motores y la voz de Su Majestad.

—La invitó a una

«Cola-Cola»

—dijo Su Majestad de pronto—. ¿Acepta?

—Pues no. Gracias, pero no me apetece...

—Peor para usted. Voy y vuelvo como un rayo.

—No se dé prisa...

Mary Anne suspiró cuando el *hippy* se fue hacia el bar y se acomodó mejor en el asiento. Por el cielo: ¿iba a tener que soportar durante todo el viaje a aquel chiflado charlatán? De nuevo pensó en cambiarse de asiento, aprovechando que habían quedado algunos libres, pero comprendió que Su Majestad, sin vacilar, volvería a sentarse junto a ella, y desistió de tan buena idea.

Todavía no había empezado a saborear la ausencia del *hippy* cuando cerró los ojos, sobrecogida, al oír su regreso. Tenía que oírlo forzosamente, porque Su Majestad llegaba tocando la armónica y el banjo a la vez, ni más ni menos. Se detuvo en el pasillo, mirándola amablemente, moviendo los pies como si fuese un pato, soplando con auténtico entusiasmo y dándole a las cuerdas del banjo a toda máquina. La «música» era tan horrible, que Mary Anne ni siquiera tenía fuerzas para pensar. Durante un par de minutos, mordiendo la armónica y destrozando el banjo, Su Majestad estuvo en el pasillo, dale que dale, aniquilando a la pobre muchacha y llenando de chirridos las cabezas de todos los pasajeros.

Por fin terminó, se quitó la armónica de la boca, inclinó la cabeza, lanzó un agudo grito de entusiasmo, y volvió a sentarse junto a la muchacha.

—¿Qué le ha parecido? Estaba seco, pero una vez remojado con la «cola», todo ha ido mejor... ¿A que sí, tesoro?

—Sí —tragó saliva Mary Anne—. Muy bonito, sí...

—Celebro que le haya gustado. Ahora voy a tocar para usted nada menos que *Mi tierno corazón se resiste a perder tu amor...* ¡Vamos a vivir con música!

La muchacha hubiera querido desmayarse y no despertar hasta estar en Miami. Pero, sabido es, las cosas no suceden siempre como deseamos. Tuvo que oír Mi tierno corazón se resiste a perder tu amor, en primer lugar. Luego siguieron Estuve amando una flor en el país donde todo

es bueno;

Love-girl;

No me escribas cuando estés triste; Sobre las tumbas de los amantes ha caído una lágrima...

Cuando Miami apareció a la vista, no fue Mary Anne la única en lanzar un profundo suspiro de alivio. Se inclinó hacia la ventanilla, y vio, a lo lejos, la península de Miami Beach, y, en el centro de Biscayne Bay, las Venetian Island, diminutas... ¡Miami, al fin! ¡No sólo iba a disfrutar de sus vacaciones, sino que perdería de vista, para siempre, a Su Majestad! ¡Ya no volvería a oír sus horribles canciones!

—Todo el mundo tranquilo —dijo una voz potente en tono muy alto—. Permanezcan en sus asientos y no hagan nada y saldrán bien librados de esto.

Se volvió hacia el interior del *jet* con la impresión de que estaba escuchando una nueva canción de Su Majestad... Pero no. Sus ojos se desorbitaron al ver la metralleta en manos de uno de los hombres que el *hippy* había definido como cubanos. Estaba en la entrada a los compartimentos del personal de vuelo. El otro, también metralleta en mano, desaparecía hacia allí en aquel momento. Algunas viajeras lanzaron unos grititos, pero a una mirada del hombre de la metralleta decidieron que lo más sensato era permanecer calladas. Los hombres habían fruncido el ceño, la mayoría un tanto pálidos.

—Dios mío —musitó Mary Anne—. ¿Qué está ocurriendo?

—¡Je! ¡No me diga que no lo ha¹ comprendido, tesoro! ¡Cuando yo tengo un presentimiento...! Ya lo ve: debimos sacar pasaje para La Habana.

CAPÍTULO IV

Poco antes de las siete de la tarde, tras el vuelo sobre el mar, el *jet* que debía haber aterrizado en Miami tomaba tierra en una de las pistas de Rancho Boyeros, hacia la cual se dirigían ya un par de coches de la Policía, advertidos por el empleado de la torre de control que había recibido el mensaje desde el aparato que llegaba. Tras los coches de la Policía, un autocar del servicio de recogida de pasajeros..., que no iba a hacer falta, ya que el aparato, una vez en tierra firme, siguió rodando, hasta quedar lo más cerca posible de las instalaciones del aeropuerto destinadas a vuelos internacionales. Una escalerilla rodante fue traída rápidamente, y poco después los treinta y tantos pasajeros del *jet* descendían por ella, con expresión asustada, y algunos furiosa.

Lo primero que sucedió, para relativo consuelo de los pasajeros, fue la detención de los dos cubanos por parte de la Policía cubana, seis de cuyos miembros se los llevaron de allí inmediatamente. Luego, completamente rodeados de agentes de uniforme, los pasajeros fueron llevados a una gran sala anexa al departamento de equipajes. De nada sirvieron las protestas de algunos viajeros, ni, mucho menos, sus exigencias respecto a emprender de nuevo el vuelo rumbo a Miami, que era donde debían estar hacía ya una hora. Con aceptable cortesía, pero con firmeza, los treinta y tantos pasajeros del desafortunado vuelo fueron... instalados en aquella sala vacía, llena de equipajes y grandes cajas, y eso fue todo.

Quince minutos más tarde, cuando las conversaciones estaban al rojo vivo de la excitación, sin que los vigilantes policías se inmutasen, apareció el apuesto oficial de uniforme que algunos recordaron por haber dirigido las operaciones anteriores. Era joven, con un gran bigote negro ojos relucientes, y en sus negros ojos

había una cierta expresión irónica.

—Damas y caballeros —se presentó—: soy el capitán Carranza, de la Policía. En nombre propio y en el del amistoso gobierno cubano, les pillo a todos disculpas por lo sucedido, y les aseguro que no ha sido nada en lo que mi país haya tenido que ver...

—Déjese de teatro —cortó abruptamente un joven yanqui—. Lo que queremos es marcharnos. Sólo eso.

—Le aseguro, señor —se expresó Carranza, en aceptable inglés —, que no tenemos la menor intención de retenerlos. Sin embargo, temo que no podrán reemprender el vuelo inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo piensan retenernos aquí? —preguntó otro—. No sé si le interesa, pero los norteamericanos estamos ya hartos de estos raptos de aviones, y nuestro gobierno empieza también a sentirse irritado.

—Les comprendo. Ha sido lamentable, de veras. Ya sé que no les va a servir de consuelo, pero los dos culpables de esto están ahora siendo interrogados por mis hombres, y serán castigados... adecuadamente.

—¡Castigados! —bufó otro pasajero—. ¿A quién quiere engañar? ¡No les harán nada! Puede que los encarcelen, por puro trámite, pero los dejarán libres en una semana. Seguramente, los considerarán héroes.

—Bueno —sonrió Carranza—. No exactamente, señor, pero, en el fondo, comprendemos que la acción de esos hombres no ha sido dictada por sus deseos de perjudicar a Cuba, sino todo lo contrario. De todos modos, eso es cosa nuestra, no de ustedes.

—¿Sí? Yo tomé pasaje para Miami, y estoy en Cuba... ¿Eso no es cosa mía?

Hubo un murmullo de aprobación a las palabras de aquel pasajero. El capitán Carranza alzó ambas manos, suplicando silencio.

—Por favor... Ustedes saben que, últimamente, el gobierno cubano está tomando serias medidas contra estos piratas del aire. Pueden estar seguros de que tendrán su merecido. Mientras tanto, les ruego que se consideren invitados en mi país, y les prometo que haré lo posible para que puedan viajar cuanto antes a Miami.

—¿Cuándo? —salto Su Majestad—. ¡Yo tengo allí un contrato que empieza esta noche, a las once, en un club nocturno!

Carranza se queco mirando burlonamente al estafalario *hippy*. Luego miró su reloj de pulsera, hizo unos cálculos, con el ceño fruncido...

—Espero que llegue usted a tiempo, señor. Las autoridades del aeropuerto y yo haremos lo que sea con tal de que puedan despegar dentro de dos o tres horas. Mientras tanto, si son tan amables, y a fin de... evitar situaciones enojosas, les ruego que vayan mostrando sus documentos personales a mis hombres. Pura formalidad. Si desean algo, sólo tienen que pedirlo, y serán atendidos.

—Pero sin salir de aquí —deslizó otro pasajero.

—No veo la necesidad de que salgan —sonrió con aquella simpática cortesía el capitán Carranza—. A menos que alguno de ustedes decida quedarse en Cuba, en cuyo caso, se efectuarían las formalidades correspondientes. ¿Hay algún pasajero en este caso?

Nadie contestó. Reinaba un lógico malhumor, y, de muy mala gana, los pasajeros comenzaron a mostrar sus documentos personales a dos de los policías, que utilizaron una pila de cajas como mesa de oficina.

Por fortuna, siempre hay algo que despeja la atmósfera. Y despejar esa atmósfera de malhumor corrió exclusivamente a cargo de Su Majestad... Cuando le tocó el turno de mostrar algún documento personal, entregó un permiso para conducir tan sucio que casi no se podía leer nada en él.

—Cliff Osborne —leyó con dificultad el policía—. ¿Es usted?

—¿Quién va a ser? ¿Mi abuela?

Los dos policías cambiaron una mirada, mientras los pasajeros del vuelo Baltimore-Miami-La Habana comenzaban a sonreír. Por fin, tras leve vacilación, uno de los policías abandonó aquella sala. Regresó casi diez minutos más tarde, cuando ya habían sido revisadas las documentaciones de los demás norteamericanos. Carranza iba con el policía y se acercó sonriente a Su Majestad.

—Entiendo que habla usted español, señor Osborne.

—¿Es algo malo?

—No, no... Le felicito. Perdone usted, pero su documento está tan deteriorado, incluida la fotografía, que no podemos reconocerlo por medio de él.

Su Majestad frunció el ceño, y señaló la fotografía.

—Está bien claro que soy yo, capitán.

—Pues..., lo lamento, pero no está tan claro. En esta fotografía usted llevaba cortos los cabellos, parece que era más joven... No digo que no sea usted, pero... no se le parece en absoluto.

—Hombre, ésta es buena... ¿Va a detenerme, acusándome de espionaje o algo así? Recuerde, señor, que yo iba a Miami, no a La Habana.

—Es cierto —sonrió Carranza—. De todos modos, nos gustaría comprobar su personalidad de un modo más satisfactorio. Y mucho me temo que eso va a resultarnos bastante difícil.

—¿Qué quiere decir?

—Mire, señor. —Carranza miró el carnet de conducir—. Señor Osborne: ésta es una situación poco corriente para todos, y comprendo que resulta especialmente molesta para ustedes. Sin embargo, puesto que están en Cuba, mi obligación...

—¡No estoy en Cuba por mi gusto! —protestó el *hippy*.

—Le entiendo, le entiendo... Le suplico que me perdone, pero va a tener que venir conmigo, señor Osborne. Su personalidad resulta un tanto confusa, y, dadas las circunstancias, tendremos que hacer lo posible por aclararla completamente.

—Está bien... ¡Está bien, está bien! —Se enfureció el melenudo pasajero del avión secuestrado—. ¡Maldito sea el demonio y todos los contratiempos del mundo! ¡Espero que quede satisfecho ahora!

Entonces llegó el momento de auténtica hilaridad para todos. Primero fue sorpresa, desde luego. Después vino la risa: el *hippy* se quitó la peluca, la barba, el bigote... En menos de tres segundos mostró al natural su cabeza, de cabellos cortos, y su rostro bien rasurado...

Tiró rabiosamente al suelo todos los aditamentos capilares y se quedó mirando con ojos llameantes al muy sorprendido capitán Carranza, que tardó unos segundos en reaccionar. Seguramente fue el último en comprender la verdad de la situación. Miró la peluca y la barba, miró al *hippy*, de nuevo los postizos, otra vez al *hippy*...

—Bueno... —Casi tartamudeó al fin—. La verdad, señor Osborne, no acabo de comprender todavía...

—Lo supongo. Para usted, yo debo ser un tremendo agente de la C. I. A.

o algo así, que se quiere colar en Cuba ¿no es cierto?

—Bueno...

—¡Malo! ¡Escuche esto, policía entrometido: yo soy Su Majestad!, ¿se entera? ¡Su Majestad!

—Señor Osborne...

—¡Al infierno con usted! ¿Qué se está figurando? ¡Soy un artista, y tengo derecho a caracterizarme como me venga en gana! ¿Qué le pasa? ¿No conoce los pequeños trucos que se utilizan en mi país? ¡Uno se pone unas greñas en la cabeza, se viste lo más raro posible, se hace con una guitarra o algo parecido, y se pone a hacer música en cualquier sitio, y los chicos jóvenes gritan entusiasmados, y se llenan los locales... y los bolsillos del artista! ¿Cree que yo tendría el mismo éxito si apareciese en público con mi verdadero aspecto?

—Pues... Yo, realmente...

—¡Narices! Mire, capitán, mi nombre auténtico es Cliff Osborne, soy un tipo sensato, inteligente y normal. Pero si aparezco con esta cara que usted ve ahora, nadie me hará caso. Así que me pongo una peluca, unas flores en la cabeza, salgo a cantar canciones de amor, de paz y de cosas remilgadas, y gano el dinero que me da la gana. Cuando termino mi actuación, me quito la peluca, salgo a la calle y me voy a tomar un *whisky* a cualquier bar, sin que nadie me reconozca ni se meta conmigo. ¿Va entendiendo?

—Creo que sí, señor Osborne.

—Bien. ¿Le parece que mi cara es ahora la que aparece en mi documentación?

—La verdad es que sí...

—¡Pues váyase al demonio de una vez y déjeme en paz! ¡Y si esto me ocasiona contratiempos o perjuicios en mi trabajo, lo voy a demandar! ¡A usted, a esos dos idiotas que han robado un avión y hasta a su barbudo Fidel Castro! ¿Lo entiende?

Los pasajeros del vuelo reían ya sin poder contenerse, y el capitán Carranza tenía la desagradable sensación de que, en el fondo, se reían más de él que del *hippy*. Éste recogió la peluca, la barba con el bigote y se lo volvió a colocar de cualquier manera. El resultado fue una caracterización *hippy* de lo más gracioso y grotesco. Cliff Osborne sacó unos enormes lentes de cristales oscuros, de cristales redondos, se los puso, se sentó en una caja, y volvió la cabeza hacia Carranza.

—Ni una palabra de esto en los periódicos o algo así sobre este asunto, ¿se entera? —Gruñó—. Estoy ganando los dólares que

quiero haciéndome llamar Su Majestad y cantando canciones imbéciles, así que si fastidia mi negocio, nos vamos a ver las caras, amiguito. Si mi público se entera de que me corto el pelo y me baño diariamente, estoy listo. ¿Usted me entiende? Mire, tengo un contrato en Miami a base de llegar allá convertido en un ser peludo y estrafalario, conque todo queda bien claro... ¿*Okay*?

El capitán Carranza tenía fruncido el ceño. Los demás, incluidos sus hombres, reían de las artimañas de Cliff Osborne. Era fácil de comprender su jugada, pero, realmente, descubrir una cabeza normal bajo las postizas greñas había sorprendido a todos.

—De acuerdo, Su Majestad —refunfuñó Carranza—. Lamento mucho todo esto...

—Oiga, ¿por qué no me olvida? —masculló el *hippy*.

Carranza dio media vuelta y abandonó la sala anexa a los servicios de equipajes, seguido de sonrisas burlonas. Cliff Osborne estuvo como un minuto refunfuñando cosas que sólo él entendía, encendió un cigarrillo, volvió a quitarse todas las greñas, las tiró contra el suelo, y masculló, de modo perfectamente inteligible:

—¡Maldita sea mi suerte!

CAPÍTULO V

Casi dos horas más tarde, Cliff Osborne volvió a ponerse la peluca y la barba, se colocó bien los grandiosos lentes de cristales color morado y se acercó a uno de los policías. Musitó unas palabras cerca del oído del policía, y éste lo miró como sobresaltado.

—¿Qué pasa? —farfulló el *hippy*—. ¿Acaso usted no orina nunca?

El guardia casi respingó. Se acercó a los dos compañeros que vigilaban la puerta de la sala, cambió unas palabras con ellos, y, por fin, salió. Regresó un par de minutos más tarde, y se dirigió directamente a Osborne, que estaba de un humor pésimo.

—El capitán Carranza ha dado su autorización, señor.

—¡Fantástico! —exclamó el *hippy*—. ¿De modo que hasta nos dejan utilizar los lavabos de este aeropuerto...? ¿No es magnífico, damas y caballeros?

Hubo algunas sonrisas y un par de risas. El humor iba siendo peor a medida que pasaban los minutos; pero, realmente, Osborne iba provocando situaciones que suavizaban un poco el ambiente.

—Tengo que ir con usted, señor —murmuró el policía.

El *hippy* le dirigió una maliciosa mirada.

—¿De veras? —sonrió malignamente—. Está bien, pero le juro que me basto y sobro para desabrocharme los pantalones.

El policía enrojeció, pero se adaptó lo más dignamente posible a la situación. Señaló la puerta, y Cliff Osborne se dirigió hacia allí, riendo entre dientes. Salió a los amplios pasillos del aeropuerto, volvió la cabeza para mirar al policía, y éste señaló hacia los lavabos. Fueron los dos hacia allí, siempre el *hippy* por delante. Parecía entre furioso y divertido... Cualquiera cosa, menos interesado por lo que sucedía a su alrededor, lo cual era,

justamente, todo lo contrario a la realidad.

Por un instante, Cliff Osborne se estremeció, notando un intenso frío en la espalda. Todo estaba lleno de policías. La mayoría de ellos deambulaban por allí como casualmente, y algunos formaban pequeños grupos sonrientes, como distraídos. A través de las cristaleras enormes que formaban fachada del edificio pudo ver muchos más policías afuera, todos ellos con metralleta al hombro... El cerco era tan completo que, ciertamente, sólo un loco o un desesperado podía intentar romperlo. Debía hacer ya doce horas que el periodista cubano Esteban Montero estaba encerrado en el inodoro número cinco de aquellas dependencias de vuelos internacionales, y, con toda lógica, sus nervios debían estar poco menos que convertidos en papilla. Porque no cabía duda de que continuaba allí, ya que de otro modo, la vigilancia habría cesado. Esto definía la situación en el sentido de que, a pesar de todo, Montero tenía una increíble suerte. ¿Cómo era posible que a la Policía cubana no se le hubiese ocurrido registrar los lavabos a conciencia?

Precisamente a una docena de pasos de la entrada a los lavabos había un policía, que miró al *hippy*, luego a su compañero, y acabó sonriendo irónicamente. Cliff Osborne se detuvo ante la puerta, y miró acremente a su vigilante.

—¿Tiene un papel, o hay dentro? —deslizó.

—Le espero aquí —refunfuñó el policía.

—Si quiere entrar conmigo...

Soltó una risita y entró en los lavabos. Inmediatamente, su mirada fue a la puerta marcada con el número cinco. Estaba cerrada, desde luego. Se imaginó a Esteban Montero metido allí dentro desde las nueve de la mañana, y una fría sonrisa estiró el bigote postizo. El inodoro número seis estaba ocupado también, al parecer. Fue al cuatro, empujó la puerta, entró, y cerró tras él. Suspiró al comprobar que, en efecto, no había techo en el inodoro, sino una separación de tabique, con un techo común más alto que el borde del tabique.

Se encaramó por éste y asomó la cabeza al inodoro número cinco.

El hombre que había dentro tenía alzada la cabeza, y sus ojos miopes quedaron fijos en los de Osborne, a través de los gruesos

cristales de los lentes. Esteban Montero estaba tan asustado, que Cliff pensó que iba a gritar de un momento a otro.

—Ssst... Soy del

F. B. I.

—musitó—. Me envía Merrill, señor Montero.

Sin más, saltó a aquel inodoro. La situación resultaba ciertamente comprometida, pero, en el fondo, no dejaba de tener cierta gracia. Muy en el fondo, por supuesto. Montero estaba petrificado, tenso, y casi parecía a punto de comenzar a gritar.

—Tranquilícese —musitó de nuevo Osborne—. Y prepárese para salir de aquí. Va a volar hacia Miami. En el avión que tomará, hay un hombre que se encargará de usted, y dos más lo están esperando en el Miami International Airport. Todo saldrá bien... Desnúdese.

—¿Qué... qué...?

—Desnúdese —gruñó Cliff.

—Pe... pero...

—¡Desnúdese completamente y en seguida, señor Montero!

—Sí... ¡Sí!

También Osborne se estaba desnudando rápidamente, tras comenzar por quitarse la peluca, la barba y los enormes lentes de cristales morados. En pocos segundos, los dos hombres quedaron en prendas interiores. A una seña de Osborne, Montero comenzó a ponerse las ropas de *hippy*, mientras éste se ponía la del periodista cubano, con gran disgusto, pues era un traje blanco... Es decir, lo peor para el intento de fuga durante la noche. No había duda de que aquello era una locura... ¡Clarence Hadaway y sus «magníficos» planes...!

—Escache bien, señor Montero: va a salir usted del inodoro vecino con toda tranquilidad. Afuera hay un policía que le está esperando... Le confundirá fácilmente conmigo... Sólo tiene que encorvarse un poco, y, sobre todo, no decir una sola palabra. No diga nada. Si se ve obligado a hablar, hágalo en inglés; si se ve forzado a utilizar el español, refunfuñe, gruña, tosa... Lo que sea... ¿Entiende?

—Sí... Sí, señor...

—Bien. Muéstrese lo bastante torpe para que sea el policía quien le indique adonde tiene que ir. Lo llevará a una sala contigua al servicio de equipajes, según entiendo. Allá hay treinta y tantos

pasajeros norteamericanos que han sido traídos aquí por dos cubanos que han secuestrado el avión que hacía el vuelo Baltimore-Miami. Usted, con el nombre de Cliff Osborne, forma parte del pasaje de ese avión. Dentro de una hora o poco más, ese avión saldrá rumbo a Miami, y todo habrá terminado para usted: Repito: su nombre va a ser Cliff Osborne, todos saben que usa peluca postiza y que se hace llamar Su Majestad, dándose las de *hippy*. Profesión: vividor, un tío listo que toca el banjo y la armónica en locales de jovencitos que chillan cuando canta canciones de amor, de paz y de flores... ¿Alguna vez ha llevado peluca postiza?

—No, señor, no...

—Pues aprenda ahora. Siempre hay tiempo de aprender. —Cliff se la colocó, casi de un manotazo, y se apresuró a pegar la barba a las mejillas del cubano—. Escuche, señor Montero, esto es muy arriesgado, pero no hay otra forma de que usted salga de Cuba, tal como están las cosas. Domine sus nervios, tenga serenidad, no hable, muéstrese taciturno... Tenga, póngase también estos lentes... Maldita sea, es usted algo más grueso que yo... Contenga la respiración lo más posible, de modo que parezca algo más flaco, encórvese, adopte posturas raras... Todos tienen que creer que usted soy yo. Con estas ropas y esta peluca es fácil parecerse a Su Majestad en cuanto al rostro y cabeza, pero tenga cuidado con lo demás... El capitán de la Policía se llama Carranza, y ya sabe que yo me llamo Cliff Osborne, y que llevo peluca postiza. Hemos tenido unas pocas palabras desagradables, de modo que si él le habla, límitese a gruñir, no siga la conversación, no se pase de la raya. Sería no sólo absurdo, sino su sentencia de muerte, quizá. Yo voy a tomar su lugar en este inodoro, pero no puedo hacer más por usted, espero que lo comprenda. Hay una chica muy guapita, llamada Mary Anne Welles; es rubita, tiene los ojos azules... Encantadora. Cuando suban al avión, siéntese junto a ella... ¿Sabe tocar el banjo?

—N-n-n-noooo...

—Pues tendrá que tocarlo. Dele unos cuantos tirones a las cuerdas, haga cualquier cosa, sople en ésta, armónica... Cualquier cosa, pero no hable. No hable, ocurra lo que ocurra. Aparente mal humor, irritación... Cualquier cosa, pero no hable. ¿Tiene alguna duda?

—No... ¿Dice... dice que hay un hombre en el avión que...?

—Es un compañero del

F. B. I.

Pero usted no haga nada, él se encargará de todo. Todo lo que tiene que hacer usted es ser lo más estrafalario posible y tomar ese avión. Nada más que eso. Y será bueno que se esmere, señor Montero, porque de lo contrario...

No terminó la frase, pero tampoco era necesario. Acabó de ponerse el blanco traje de Montero, y ayudó a éste a acabar de colocarse todos los artefactos que le convertían en un *hippy*. Luego se quitó las microlentillas de contacto, de tono oscuro, y se las guardó en un bolsillo. Cuando miró a Montero, éste contemplaba, como fascinado, aquellos ojos de un gris clarísimo, idénticos a los de un gato. La metamorfosis era en verdad sorprendente.

—Entiendo que tiene usted una radio de bolsillo, señor Montero.

—Sí... Sí, la tengo.

—¿Le ha llamado Merrill durante el día?

—Sólo una vez. Le dije dónde estaba, me aseguró que me sacaría de aquí en veinticuatro horas, y eso fue todo.

—¿Lo ha llamado usted a él?

—No me he atrevido... Señor Osborne, estoy... muerto de miedo. Si hubiese sabido esto...

—Tranquilícese —frunció el ceño Osborne—. Ya no tiene remedio nada. ¿Sabe dónde puede estar Merrill ahora?

—No. Podemos llamar...

—¡Ni hablar! ¡No en este momento, al menos! Deme la radio. Gracias... ¿Le dijo Merrill cómo pensaba sacarlo de aquí?

—No, señor... Me acompañó al aeropuerto. Me había proporcionado una documentación falsa, y yo pensaba tomar un avión con el pasaje que me entregó...

—Olvide eso. Y deme el pasaje y esa documentación... Tiene usted el vuelo asegurado a Miami... Eso espero. Yo llamaré a Merrill cuando salga de aquí, y los dos nos las arreglaremos. Espero que haya conseguido recoger el microfilm de su casa, señor Montero.

—No sé... Yo le dije dónde lo había escondido, desde luego.

—Bien. Oh, supongo que Merrill lo habrá encontrado, pero será mejor que me diga a mí dónde está.

—Lo... lo puse en una cápsula de plástico dentro de... del depósito de inodoro de mi cuarto de baño...

—¿De veras? —sonrió Cliff—. Parece que vamos de retrete en retrete. Sucio asunto, ¿no es cierto? —sonrió de nuevo, alzando la cabeza para mirar la estrecha ventana del inodoro, que daba al exterior del edificio—. Parece que se podrá salir por ahí. Veamos sus lentes —se puso los lentes de Montero y casi lanzó una exclamación de espanto—. ¡Demonios!

—Soy... soy un poco miope...

—¿Un poco? Es usted un gran optimista... ¿Podrá caminar por ahí sin tropezar con ningún avión?

—Yo... yo llegaré adonde... adonde sea necesario, señor Osborne.

—Pues más le vale, créame. Lo siento, pero sería un error enorme dejarle salir con estos lentes. Tendrá que arreglárselas sin ellos. Mire, si no va a poder...

—Podré. No sé cómo, pero podré.

—Quiero que entienda, señor Montero, que una vez salga usted de aquí, ya no podré hacer más por usted.

—Es... es suficiente. Le estoy muy agradecido...

Cliff Osborne se quedó mirando al cubano, y movió pesarosamente la cabeza. Para él, escapar de allí con las ropas de Montero, la cosa no iba a ser fácil, pero pensaba demostrar que merecía ser llamado Su Majestad El Gato. Sin embargo, sólo imaginarse a Esteban Montero sin lentes, caminando por el aeropuerto, llevó un escalofrío a su espalda.

—Espero que su instinto de conservación sea... suficiente —murmuró—. ¿Ha entendido bien la situación? ¿Sabe lo que tiene que hacer?

—Sí, señor, sí...

—Pues buena suerte.

—Gracias. Yo... Señor Osborne...

—¿Sí?

—Mi secretaria... ¿Qué será de ella?

—¿Su secretaria?

—Se llama Purificación Reyes... Es como una hermana para mí.

—Bien... ¿Dónde está?

—La envié con Jacinto... Jacinto Olmedo, un buen amigo. Creo

que estará bien allí, con él, pero me gustaría estar seguro de que nada malo va a ocurrirle. El señor Merrill me dijo que la sacaría de Cuba, pero no sé...

—Nos ocuparemos de eso. Usted vaya a ocupar mi lugar, yo me pondré en contacto con Richard Merrill, y entre los dos solucionaremos las cosas en la isla. Espero verlo pronto en Washington, señor Montero.

—Dios lo quiera... Adiós.

—Adiós.

Se estrecharon la mano. Osborne tuvo que ayudar al cubano a rebasar el tabique de separación entre los dos inodoros. Lo oyó caer al otro lado, y cerró los ojos sobrecogido de espanto. A pesar de ser aceptablemente delgado, Esteban Montero no era precisamente ágil. Si aquello salía bien, él se iba a dejar bigote para celebrarlo. Pero, realmente, ya no podía hacer más. Demasiado era quedar en aquel inodoro, con las ropas de Esteban Montero, sus lentes, documentación falsa, una radio de bolsillo, un pasaje para un vuelo que ya había partido aquella mañana... Se encontró preguntándose si un auténtico gato podría escapar de aquel aeropuerto.

Miró su reloj. Había estado con Montero apenas cinco minutos, es decir, un tiempo muy normal en quien utiliza un inodoro. Eran las nueve y dos minutos... Oyó abrirse la puerta del inodoro número cuatro y cerró los ojos y cruzó dos dedos. Afuera había dos hombres charlando, lavándose las manos, a juzgar por el rumor del agua...

Eso fue todo. Lo único que le tranquilizaba respecto a la suerte de Esteban Montero era que su compañero del

F. B. I.,

camuflado como un pasajero más en el vuelo a Miami, sabría ayudarlo en todo momento; se encargaría de él, lo metería en el avión y lo sacaría de allí... Seguro. Bueno..., casi seguro. La señal del avión se lo haría saber en cuanto estuviese en el aire.

CAPÍTULO VI

A las once menos cuarto había oído ya la llegada y partida de varios aviones, pero ninguno de ellos hizo la señal convenida. El trato era que, una vez los hubiesen dejado marchar, su compañero del F. B. I, se presentaría a la tripulación, les pediría que volasen un poco bajo a espaldas de los edificios del aeropuerto, y, tras apagar la luz verde de situación, emitiese con la luz roja, en morse, la palabra *okay*. Eso quería decir que todo había salido bien, que estaban en el aire, y que, a menos que el *jet* fuese derribado, Esteban Montero llegaría a Miami, y, luego, a Washington. A partir de ese momento, Cliff Osborne sólo tendría que pensar en salir de Cuba, con su compañero Richard Merrill... y el microfilm que sin duda éste había recogido ya en la casa de Esteban Montero...

Y exactamente a las once menos catorce minutos, el último avión en despegar hizo una maniobra evidentemente incorrecta, que le colocó a espaldas de los edificios del aeropuerto. La luz verde se apagó unos segundos. Los justos para que la roja destellase repetidamente, enviando, en morse, aquella sola palabra: *okay*.

Cliff Osborne suspiró profundamente. Bien: Esteban Montero había salvado el pellejo. Ahora; Su Majestad El Gato tenía que hacer lo que fuese para salir de allí, sin ayuda, atravesando aquel cerco de policías cubanos.

Lo primero que hizo, subido en la taza del inodoro, fue alzarse un poco más, a pulso, sujeto al marco de la ventana por su parte inferior. Una ventana alta y estrecha..., pero no tan estrecha que no pudiera pasar por ella un... gato. Asomó cautelosamente la cabeza, y respiró aliviado al no ver a ningún policía cerca. El más próximo estaba como a treinta yardas, de espaldas al edificio, mirando hacia las pistas. Concretamente, hacia la más cercana, donde varios

pasajeros subían a un avión, bajo la supervisión de media docena de policías. Aquél podía ser un buen momento.

Se aseguró de que todos los objetos que le había entregado Esteban Montero estaban bien colocados en los bolsillos del blanco traje, frunciendo el ceño al palpar los lentes del miope. Desde luego, no pensaba utilizarlos, pues sería lo mismo que jugarse las narices. Si se ponía aquellos lentes iba a caer al suelo completamente mareado.

Como un auténtico gato, Su Majestad se encaramó a la ventana, pasó por ella la cabeza en primer lugar, y en menos de tres segundos, la mitad superior de su cuerpo estaba fuera. Aflojó las piernas, el peso del cuerpo venció, y cayó hacia el suelo como si fuese a quedar clavado de cabeza. Pero no... Puso las manos, dobló el cuello hasta que la barbilla quedó pegada al pecho, y con toda facilidad rodó hacia delante, para quedar en seguida en pie, con una naturalidad increíble. Se palpó las ropas mirando de reojo al policía más cercano, dio un cuarto de vuelta y comenzó a caminar, alejándose...

Ni siquiera había recorrido cincuenta yardas, cuando otro policía apareció de pronto ante él, despegándose de la pared. Para una persona no entrenada, el sobresalto habría sido revelador para el policía, pero el

G-man

consiguió tragarse el respingo, y sólo una brevísima alteración en su rostro pudo haber alertado al cubano, de haberla visto.

—¿Adónde va? —le preguntó el policía.

—Al aparcamiento. Tengo allí mi coche...

—¿Al aparcamiento por aquí? Enséñeme su documentación, por favor...

—Sí... En seguida...

El policía lanzó un grito de llamada a su compañero más cercano, mientras Cliff separaba una solapa de la chaqueta con la mano derecha e introducía la izquierda en el bolsillo interior, acercándose un paso, como indeciso. El policía no se preocupó demasiado, porque Cliff tenía ambas manos ocupadas y, además, si intentaba sacar una pistola, la vería con tiempo más que suficiente para impedir usarla... Lo que evidentemente no esperaba el cubano era que el hombre vestido de blanco utilizase los pies en lugar de

las manos.

Con la cabeza inclinada, muy reposados y dóciles sus modales, ambas manos inutilizadas en aquel momento, Cliff Osborne alzó brutalmente la pierna derecha de pronto, acertando de lleno con el escalofriante puntapié entre las ingles del policía, que lanzó un berrido, soltó la metralleta y cayó como fulminado encima de ella.

—¡Alto! —gritó el otro, a espaldas de Cliff.

El

G-man

ni siquiera volvió la cabeza. Saltó por encima de su primer enemigo vencido y echó a correr a una velocidad que dejó paralizado de asombro al otro policía durante un instante. En seguida alzó la metralleta y lanzó una corta ráfaga al aire, a la que siguió su primer grito de aviso. En cinco segundos la situación cambió muy desfavorablemente para Su Majestad El Gato. El grupo de policías que estaba junto al avión a punto de emprender el vuelo se dividió en dos, y el más numeroso, compuesto por cuatro hombres, salió corriendo tras él. Los otros dos, aún reteniendo a los pasajeros, comenzaron a tocar los silbatos. Por la esquina hacia la cual corría el

G-man

aparecieron dos policías más, directos hacia él. Por detrás, iban apareciendo más, y de las pistas comenzaron a llegar hombres de uniforme, todos ellos armados, gritando. Del fondo, un coche se puso en movimiento, lanzando sus luces largas hacia el edificio del aeropuerto... En tan sólo cinco segundos la implacable trampa tendida en Rancho Boyeros comenzó a funcionar sin consideración alguna... Y si los policías no hubieran visto compañeros suyos detrás de Cliff, probablemente Su Majestad habría terminado allí el intento de fuga.

Acorralado, llegó hasta la puerta que tenía a pocos pasos, la empujó, y entró en aquella dependencia. Un hombre vestido de paisano apareció ante él, con un block y un bolígrafo en las manos. Acudía precipitadamente, sobresaltado... Aún se sobresaltó más al ver la mano de Cliff alzada... ¡Clock! Recibió el trastazo en plena frente, y salió disparado hacia atrás, sin conocimiento, derribando un montón de pequeños paquetes.

—¡Raúl! —Oyó más al fondo—. ¡Ten cuidado, la Policía está...!

Su Majestad subía ya a toda prisa el tramo de peldaños que llevaban al siguiente piso. La escalera era volante, pero cuando, apenas tres segundos después aparecía el otro hombre, Cliff estaba ya arriba... Justo cuando desaparecía en el siguiente piso, un tropel de policías entraba allí, listas las armas... Las voces de los policías y del hombre de paisano que no había llegado a ver llegaban claramente hasta el agente del

F. B. I.,

que miraba ansiosamente a todos lados, en busca de una salida...

—¡Tiene que estar arriba! ¡Dos de vosotros salid al pasillo y avisad a los que están dentro del edificio que vigilen las escaleras! ¡Esta vez lo tenemos! ¡Id a avisar al capitán Carranza! ¡Los demás vamos arriba! ¡Y cuidado con él, puede estar armado...!

Cliff Osborne miró hacia la puerta de aquel piso, que estaba vacío. Podía salir por allí, pero aparecería dentro del edificio, donde en pocos segundos varias docenas de policías lo iban a estar esperando. Oía la subida de los que llegaban por la escalera, y, afuera, la llegada de un par de coches, lanzando el aullido de sus sirenas... Por la ventana vio a ramalazos sus luces giratorias...

—¡Está arriba! —Oyó de nuevo—. ¡No va a poder escapar!

La espantada mirada del

G-man

se clavó en el interruptor de la luz. La apagó, y, en el acto, en las escaleras oyó el grito de alarma:

—¡Cuidado! ¡Ha apagado la luz! ¡Si está armado, puede matar a los primeros que entren...! ¡Que alguien traiga los gases lacrimógenos!

El

G-man

fue a la ventana y sacó un instante la cabeza. Abajo había sólo dos policías en aquel momento, que debían ser los chóferes de los coches. Pero el rumor se estaba extendiendo ya por todo el aeropuerto, y si vacilaba sólo un segundo sería completamente imposible escapar. De modo que no vaciló. Pasó las piernas fuera de la ventana, que se abría casi a quince pies de altura, y se dejó caer. Pasó como una veloz sombra por el círculo de luz que el coche más cercano proyectaba en la pared, rebotó duramente, y el policía que estaba junto a aquel coche lanzó un alarido de espanto cuando, del

mismo rebote, vio saltar hacia él aquella sombra blanca. Un doble golpe propinado con ambos puños del

G-man

en un lado del cuello lo derribó aparatosamente, rodando tres o cuatro yardas por el fino piso del aeropuerto. El otro policía estaba gritando como un energúmeno, mientras su pistola apuntaba al velocísimo agente del

F. B. I.,

que en una fracción de segundo comprendió que no podría entrar en el primer coche si esquivaba el enfrentamiento con el chófer del segundo: le acertaría por lo menos un par de veces si le volvía la espalda para entrar en el coche.

Jugándoselo todo por el todo, saltó hacia el policía, lanzando un grito terrible de luchador de karate en pleno combate, tan aterrador, que el policía, tras el primer disparo hecho nerviosamente, pareció petrificado de espanto, mirando con ojos desorbitados aquella fiera que se le venía encima, jugada a vida o muerte, que dio buen resultado para Cliff Osborne: todavía en el aire, lanzó una patada a la barbilla del policía, derribándolo, rota la mandíbula. Tras la patada, cayó de pie, siempre como un gato, y lanzó un aullido al notar el tirón en su pierna izquierda... Ni siquiera se había dado cuenta de que la única bala disparada por aquel hombre le había acertado.

Justo cuando entraba en el segundo coche, aparecía el primero de los policías del interior del edificio, gritando, lanzando el aviso. Vio a Cliff al volante, alzó la metralleta y lanzó una ráfaga... El

G-man

se encogió, oyendo silbar las balas por el interior del coche, y quedando inundado de diminutos cristales reventados por las balas... Puso el coche en marcha, dio marcha atrás a toda potencia, ocasionando la desbandada de más policías que llegaban, enderezó el coche, y se lanzó a toda velocidad hacia las pistas, mientras de éstas llegaba todavía otro coche, que debía estado vigilando el círculo exterior, la parte más alejada del cerco. Todavía se oían sirenas de más coches al otro lado de los edificios del aeropuerto, y en menos de cinco segundos varios coches más llegarían allí...

Desencajado el rostro, notando los chorros de sudor que resbalaban por él, Cliff Osborne lanzó su coche hacia el que llegaba,

con tal decisión, que sus ocupantes comprendieron inmediatamente que con toda deliberación, pasara lo que pasase, aquel loco estaba buscando el choque, el temible impacto, ganara quien ganase... Sobre las pistas rechinaron los neumáticos, y cuando el chófer del otro coche hubo conseguido evitar la catástrofe, detuvo el coche en seco y se llevó las manos a la cabeza. Tanto él como los otros policías que ocupaban el vehículo mostraban en sus rostros una lividez cadavérica.

Más allá, un avión acababa de tomar tierra y estaba girando para acercarse al edificio, deslizándose sobre sus enormes ruedas, ya un tanto lentamente, quizá a unas veinte millas por hora... Otros coches de la Policía cubana aparecieron, se unieron al que había estado a punto de sufrir la colisión con el que conducía Cliff Osborne y se lanzaron en pos de éste..., que iba directo hacia el enorme avión que estaba dando por finalizado su vuelo. Bien iluminada la pista, la escena podía compararse a la de una hormiga atacando a un elefante: el coche se veía diminuto, pero lanzado resueltamente hacia el formidable avión, completamente incapacitado para frenar su mole en aquel corto trecho. Seguramente, los pilotos estaban viendo el coche policial acercándose a ellos, como si quisiera pasar bajo el vientre del aparato... Cosa imposible, pues quedaría aplastado en el tren de aterrizaje.

Y de pronto, el coche dio media vuelta. Exactamente: media vuelta... Derrapando sus ruedas posteriores, quedó encarado a los coches que llegaban detrás y paralelo a la marcha del gran avión... Para asombro y espanto de todos, el hombre del traje blanco orientó el coche hacia los otros coches, abrió la portezuela tras aminorar la marcha con un suave golpe de freno, y, dejando que el coche, con el cambio en punto muerto, fuese hacia los demás coches, saltó al suelo, junto a las enormes ruedas del avión.

Se oyeron frenazos fortísimos, rechinar de neumáticos deslizándose de lado por la pista; las luces apuntaban a sitios diversos mientras todos los policías cubanos se apartaban de la trayectoria de aquel coche que llegaba solo, directo hacia el edificio del aeropuerto..., si algo no lo detenía. Y algo lo detuvo: el choque con otro auto fue fortísimo, ya que la colisión se efectuó justo cuando el conductor apretaba el pedal del gas para salirse de la

trayectoria... Éste fue el coche que volcó, dando un par de vueltas lateralmente. Tres policías salieron despedidos a la primera vuelta, y el chófer salió cojeando, con un brazo colgando extrañamente cuando el vehículo se detuvo al fin, mientras el de Cliff, detenido, ruedas al aire, estallaba de pronto en una gran llamarada...

La confusión era terrible, pero no tanta que no se le ocurriera a uno de los policías mirar hacia el gran avión que iba hacia su lugar de parada, alejándose de ellos.

—¡Va en las ruedas! —aulló—. ¡En el avión!

Seguramente nadie le oyó con suficiente claridad, pero los coches rodaban ya detrás del avión, y más de una luz dio de lleno en la figura vestida de blanco, de pie entre las enormes ruedas del avión, sobre la barra del tren de aterrizaje. Los policías que llegaban a pie también vieron aquella diminuta figura bajo el vientre del colosal vehículo aéreo, y la mayoría, impresionados, aflojaron su marcha hacia allí. El avión tendría que volver a girar, para detenerse finalmente en...

Y justo cuando el avión giraba, ya casi lentamente, la figura vestida de blanco saltaba al suelo, separándose de él a toda velocidad. Como una jauría tras la zorra, varias docenas de policías se lanzaron implacablemente tras la presa, que llegó al estacionamiento de vehículos de servicios del aeropuerto antes incluso de haber sido alcanzado por ningún coche perseguidor.

Visto y no visto: Su Majestad El Gato desapareció entre los grandes camiones-cuba, cargueros, cars...

Varios coches se detuvieron ante aquella barrera metálica, y de uno de ellos saltó inmediatamente el capitán Carranza, con un poderoso megáfono en las manos, que utilizó para lanzar sus órdenes vociferantes:

—¡Rodeen el parque de vehículos! ¡Vayan varios hacia la parte de atrás, hacia las verjas, por si intentase escapar por allí, y los demás atentos a la posible salida de uno de estos camiones! ¡Gómez, con dos coches y varios hombres, a las alambradas de atrás...!

Jadeando, desencajado el rostro por el lógico miedo en la presa acorralada, cubierto de sudor todo el cuerpo, el agente del F. B. I, corría ya precisamente hacia la alambrada del fondo de la pista, notando a cada zancada como si la carne de su pierna izquierda se estuviese desgarrando, abrasando... Por detrás de él aparecieron, a

un lado, las luces de los dos coches mandados por el tal Gómez, y muy pronto, cuando la distancia hasta las alambradas era aún superior a las cien yardas, las luces de uno de los vehículos atraparon de lleno al federal, que cambió en el acto la dirección de su marcha, saliéndose del gran círculo de luz que le llegaba desde más de ciento cincuenta yardas por detrás de él.

Cuando llegó a la alambrada que delimitaba los terrenos de Rancho Boyeros, los dos coches estaban a su derecha, un tanto desorientados sus conductores, pues lo habían perdido de vista unos instantes... Se oyeron los frenazos, y en seguida la voz de Gómez:

—¡Las luces hacia la alambrada...! ¡Hacia la alambrada!

Cuatro o cinco segundos más tarde las luces de uno de los coches cazaba nuevamente en su resplandeciente mancha al hombre vestido de blanco, que estaba ya en lo alto de la alambrada, con los dedos metidos entre ésta, fuertes, curvados realmente como las uñas de un felino. Por un instante, diez atónitos policías cubanos vieron aquella silueta allí arriba, y todos tuvieron la impresión de estar contemplando un felino listo para el gran salto definitivo. Ciertamente, podrían continuar persiguiéndolo..., pero sin coches, a pie. E instintivamente todos comprendieron que si aquel hombre saltaba la alambrada, si caía ileso al otro lado, jamás conseguirían capturarlo.

—¡Fuego! —chilló Gómez—. ¡Acribíllenlo!

La granizada de balas fue hacia allá, justo cuando Su Majestad El Gato saltaba al otro lado de la alambrada.

CAPÍTULO VII

El hombre acabó su explicación, y Purificación Reyes lanzó otra exclamación de asombro y sorpresa, para terminar:

—¡Cuánto me alegro...! ¡Bendito sea Dios, que le ha ayudado!

Jacinto Olmedo miró brevemente a la muchacha antes de volver a encararse con el hombre que le había traído la noticia.

—¿Estás seguro, Pedro? —musitó.

—Segurísimo, don Jacinto... ¡Segurísimo! Ya le llamé a usted un par de veces durante el día de hoy, diciéndole que yo no creía que don Esteban continuase dentro del aeropuerto... Pero como la Policía seguía allí, me quedé siguiendo las instrucciones de usted, por si aparecía don Esteban, para recogerlo y traerlo aquí. Se dice que estaba escondido en los lavabos de la sala de espera de los vuelos internacionales. ¡Parece imposible, pero estaba allí, dentro del aeropuerto!

—No se puede decir que Carranza y sus hombres sean muy listos, ¿verdad? —sonrió despectivamente Jacinto Olmedo.

—No —rió Pedro—. ¡No, señor, no han sido muy listos! Había por lo menos cien, se lo juro. Y don Esteban se les ha escapado como se escapa el agua de un cesto. ¡Ha sido formidable! Se ha cargado dos o tres coches, no sé cuántos policías, ha saltado por ventanas, ha subido al tren de aterrizaje de un avión que llegaba entonces, ha saltado la alambrada... ¡Oí los comentarios de algunos policías, y aseguraban que no habían estado persiguiendo a un hombre, sino a un gato!

—¿Un... gato?

—Sí, señor: un gato.

—Está bien... Ve a dormir. Ya es muy tarde. Espero que Esteban tenga el buen sentido de no acercarse a su casa y de pedirme ayuda

a mí... Ve a dormir.

—Sí, señor. Buenas noches... Buenas noches, señorita Reyes.

—Adiós, Pedro.

Éste abandonó el saloncito donde estaban reunidos Jacinto Olmedo y Purificación Reyes, los cuales se hallaban muy pensativos, como si algo no funcionase normalmente. Olmedo tenía unos cuarenta años, era alto, recio, muy moreno, de rostro basto, fuerte, firme; sus ojos eran pequeños, negrísimos, muy brillantes. Todavía vestía de calle, pese a que eran casi las dos de la madrugada. Purificación Reyes quizá tendría veintidós o veintitrés años..., de los que suelen llamarse «muy bien empleados». También sus ojos eran negros, pero triple de grandes que los de Olmedo, mucho más brillantes, como si tuviesen luz dentro. Su boca era grande, carnosa, de dibujo muy bonito, todavía un tanto infantil, quizá debido a que el labio superior se alzaba un poquito por el centro. Largos cabellos, morena de piel, con aquellos ojos enormes y la graciosa boquita fresca y tan sugestiva, tenía, además, un cuerpo más que apto para ganar concursos de belleza internacionales. Llevaba un vestido blanco, muy escotado, de falda cortísima. Verla y quedarse turulato era todo lo mismo.

—Hay algo extraño en todo esto —dijo de pronto Olmedo—. No sé qué es, pero hay algo extraño, Purificación.

—Yo estaba pensando lo mismo. Y creo que sé lo que es.

—¿Qué es?

—Todo eso que ha hecho Esteban... Parece imposible en él, ¿verdad? Seguramente, si hubiese visto a Pedro rondando por el aeropuerto, habría comprendido que usted lo enviaba para ayudarlo, y quizá habría conseguido acercarse a Pedro. Pero... todo eso... No sé. A mí no me pareció jamás... Bueno...

—Sigue.

—Quiero decir que Esteban jamás me... me pareció un gato, don Jacinto.

—Sí —parpadeó Olmedo—. Ése es el asunto. Lo que nos ha contado Pedro no es propio de Esteban, desde luego. Sin embargo...

Respingó sobresaltado cuando Purificación Reyes hizo lo mismo, poniéndose en pie de un salto, sujetando fuertemente su bolso de paja, del cual escaparon unos lentes de cristales oscuros, un pañuelito, llaves de coche...

—¿Qué ocurre? —Gruñó Olmedo—. Me ha asustado, Purificación.

—Yo... yo creo que... está sonando ese aparato...

Se sentó de nuevo, colocando el bolso sobre sus rodillas, y sacó un paquete de cigarrillos, del cual, efectivamente, brotaba un zumbido intermitente, seguido: bip-bip-bip-bip...

—Es la radio que le entregó Merrill —exclamó Olmedo—. Conteste a la llamada, ¿sabe cómo hacerlo...?

—Sí... Sí, en seguida —tiró nerviosamente de uno de los falsos cigarrillos y musitó—: Diga... ¿Di... diga...?

Olmedo se había sentado junto a ella, y los dos oyeron claramente la voz de un hombre:

—Quiero hablar con Merrill. Richard Merrill.

—El señor Merrill no... no está... ¿Quién es usted?

Hubo un par de segundos de silencio antes de que aquella voz replicase ásperamente:

—¿Y usted? ¿Quién es usted?

—Oh, yo soy Purif...

—¡Calle! —exclamó Olmedo—. ¡Que se presente primero él...!

—¿Purificación Reyes? —preguntó la voz.

Olmedo le quitó la radio, casi bruscamente, y la acercó a su boca.

—Diga quién es usted —gruñó desabrido—. De lo contrario, daremos por terminada la conversación, señor.

—¿Es usted Jacinto Olmedo?

Éste vaciló, preocupado el gesto.

—Queremos saber quién es usted —insistió.

—De acuerdo —admitió la voz—. Al fin y al cabo, decirles quién soy yo no les servirá para encontrarme... si yo no quiero. Espero que mi nombre no tenga importancia: soy un agente del

F. B. I.,
simplemente.

—¿Un compañero del señor Merrill?

—Evidentemente. ¿Dónde está él?

—No lo sabemos. Se fue esta mañana con... Bueno, a ayudar a hacer algo a un amigo nuestro. Luego volvió aquí, dijo que volvería para que le ayudásemos a salir de Cuba, y... no ha vuelto.

—¿Tampoco sabe si consiguió el microfilm de Esteban Montero?

Olmedo y la muchacha cambiaron una rápida mirada.

—No... No sabemos eso. No sabemos nada... Se fue, y eso es todo. Le entregó la radio a... una amiga que está aquí, y dijo que si tenía algo importante que comunicarnos, lo haría por medio de ella, de la radio... Pero no ha llamado en todo el día, no sabemos nada. Nada de nada.

—Pues van a saber algo ahora: Esteban Montero está en Miami hace horas.

—¡Estupendo! —exclamó Olmedo—. Señor, ¿quién es usted? ¿Dónde está? Le aseguro que nosotros somos amigos del señor Merrill y de Esteban...

—Lo sé, señor Olmedo.

—No he dicho que yo sea...

—Oh, vamos, vamos... Antes de separarme del señor Montero, me dijo que su secretaria, la señorita Purificación Reyes, a la que quería como a una hermana, estaba con su buen amigo Jacinto Olmedo, a salvo. Como comprenderá, sabiendo esto, si yo fuese de la Policía o del contraespionaje cubano, no le estaría llamando, sino que ya le habría localizado y mi actitud sería muy diferente, por ayudar a Montero, a su secretaria y colaborar en la salida de cierto microfilm de Cuba... ¿No le parece esto sensato, señor Olmedo?

—Lo es absolutamente —suspiró Jacinto Olmedo.

—Bien. Necesito su ayuda, señor Olmedo. No quisiera molestarle, pero le aseguro que no tengo más remedio... ¿Puede usted prestarme esa ayuda?

—Lo haré con mucho gusto. ¿Voy yo a reunirme con usted...?

—¿Es un lugar seguro su casa?

—Por ahora, sí.

—Entonces, será mejor que nos veamos ahí. Yo estoy en el campo, cerca de una carretera, en un cruce.

Uno de los indicadores señala que la distancia hasta Guanabacoa es de cinco kilómetros, y el otro...

—Conozco el lugar. Siga esa carretera, en dirección a Guanabacoa, y...

—Señor Olmedo: no tengo coche, ni ningún otro medio de locomoción. Además, estoy herido, manchado de sangre, reventado de cansancio...

—¡No se mueva de ahí! Antes de quince minutos un hombre

llamado Pedro llegará con mi auto y hará unas señales con las luces, justo cuando esté en el centro del cruce. Pedro es un empleado fiel y le traerá aquí... ¿Sus heridas son graves?

—No... Poca cosa. Pero estoy lleno de sangre por todas partes y tendría que hacerme unas curas, cambiarme de ropas...

—Quince minutos... ¡No se mueva de ahí!

—De acuerdo. Gracias, señor Olmedo.

CAPÍTULO VIII

Purificación Reyes había lanzado una exclamación de espanto cuando aquel hombre se apeó del coche, en el patio, frente a la casa... Efectivamente, estaba muy manchado de sangre, incluso en la cara, y sus movimientos eran los del hombre a punto de derrumbarse. Pedro y Olmedo lo habían entrado inmediatamente en la casa, donde todo estaba preparado para atender heridas de poca importancia. Fue la muchacha quien lo hizo, espantada ante tal abundancia de líquido rojo. Pero media hora más tarde, ya vendada la pierna y el costado izquierdo del desconocido, que se cubría solamente con una bata facilitada por Olmedo, la cosa había cambiado mucho, y Purificación Reyes se sorprendió a sí misma mirando absorta aquellos extraños ojos transparentes, de un gris extraordinario... Como los de un gato, así eran.

Entre bocado y bocado a un pollo entero, patatas frías y buenos tragos de leche, el desconocido había ido contando lo sucedido, mientras el color volvía a su rostro, bronceándolo, suavizando la rigidez de las facciones, aquietando aquellas pupilas extraordinarias...

—Parece increíble —musitó Olmedo—. Y, desde luego, señor, es usted un hombre... excepcional. ¡Ya me parecía raro a mí que Esteban hubiera hecho todo lo que nos contó Pedro!

—El pobre señor Montero —sonrió Cliff— no habría podido ni saltar por la ventana del inodoro. De todos modos, ha demostrado mucho valor al ponerse en contacto con el F. B. I, y ofrecernos su microfilm. ¿Conocen ustedes su contenido?

—Sí —musitó Purificación.

—¿De veras? —Osborne le dirigió una mirada amable, pero no tan admirativa como la muchacha estaba acostumbrada a observar

en los ojos de los hombres—. Bien... En Washington sabemos algo, y según el señor Montero, él no puede recordar de memoria todo el contenido de ese microfilm... Pero quizá ayude bastante a saber de qué se trata. No me pareció conveniente perder tiempo en el inodoro haciendo preguntas, pero ahora hay tiempo... ¿De qué se trata?

—Esteban consiguió ponerse en contacto con un espía cubano, que le facilitó una larga lista de nombres...

—¿Quién es ése espía cubano? ¿Dónde está?

—Ha desaparecido...

—Je... —sonrió secamente el

G-man

—. ¡Desaparecido! Es una linda manera de decir que lo han... ejecutado. Posiblemente de él obtuvieron la información de que Montero tenía esa lista larga de nombres... ¿Qué clase de lista es ésa?

—Hay más de cien nombres, señor. Y sus direcciones en distintos países sudamericanos y en Estados Unidos. Los hombres que están en esa lista son los encargados de mandar grupos de guerrillas en todos esos países, provocando continuas revueltas y organizando asesinatos políticos...

—¿Son cubanos esos hombres? —Se crispó el rostro de Cliff.

—Sí, señor... Casi todos. Esteban dijo que tenían como misión mantener la inquietud en los países sudamericanos y al mismo tiempo ampliar el grupo de espionaje establecido en cada país.

—Entiendo. Y eso no le gustó al señor Montero, porque él comprendió la verdad.

—¿Qué verdad? —musitó Jacinto Olmedo—. ¿A qué se refiere?

—Todos esos grupos de cubanos, señor Olmedo, no están trabajando directamente para Cuba, ni siquiera por idealismos políticos personales. Son... títeres/

—¿Títeres? —murmuró Purificación.

—Naturalmente. Y eso, sin duda, es lo que no ha gustado a Esteban Montero. Si esos hombres de la lista estuvieran actuando en beneficio de Cuba, Montero no habría hecho nada, pues bien sabido es que hasta estas fechas ha sido un gran patriota. Sin embargo, ya fuese por sus propios medios o por medio de ése espía cubano que ha... «desaparecido», él supo la verdad: todos esos hombres de la

lista son títeres cubanos dirigidos por el espionaje comunista. Rusia asegura que no mantiene espías ni guerrilleros en el continente americano. Pero, con vistas a cualquier posible coyuntura para poder infiltrarse en alguno de los gobiernos revolucionarios, mantiene a los guerrilleros cubanos que se extienden por América del Sur y Centro. Rusia se lava las manos, mientras sus títeres comunistas cubanos realizan la labor bajo las directrices de Moscú. Comprendo muy bien que al señor Montero no le gustase esto... Y a mí tampoco me gusta. Especialmente eso de que haya algunos de esos hombres dispuestos a... molestar en Estados Unidos... ¿Qué le ocurre, señor Olmedo?

Jacinto Olmedo estaba intensamente pálido. Se sobresaltó al ser preguntado por el

G-man,

y se pasó la lengua por los labios lentamente.

—Espero... que todo eso no sea cierto, señor.

—¿Lo espera? —deslizó fríamente Cliff—. Bueno, allá usted si quiere mantener sus ilusiones. Yo, que conozco algo la clase de jugadas que realiza el espionaje internacional ruso, le aseguro que no estoy sorprendido. Y le aseguro también que si el F. B. I, consigue esa lista de nombres y domicilios de esos futuros guerrilleros que están esperando las respectivas órdenes en los países donde residen ahora, lo van a pasar muy mal.

—¿Se refiere a los que están en Estados Unidos esperando instrucciones?

—Me refiero a todos los que están en el continente americano, señor Olmedo. El brazo del F. B. I, es mucho más largo de lo que suponen algunas personas. Por otra parte, no le quepa duda de que la

C. I. A.

colaboraría con mucho gusto en la... desaparición de esos futuros jefes de guerrillas. Y la

C. I. A.

—sonrió irónicamente— tampoco lo hace mal. Le darían la dirección del trabajo a *Baby*, y eso sería como aplicar una cerilla en un polvorín^[1]. Cuando esa chica interviene, el asunto queda siempre liquidado. Gran muchacha... Lástima que no sea del F. B. I..., Pero, volvamos a lo nuestro, señor Olmedo: ¿tiene alguna idea

de dónde puede estar mi compañero Richard Merrill?

—No... En absoluto. Y de todos nosotros, él era el único al que Esteban le dijo dónde estaba el microfilm...

—Ya no es el único que sabe eso.

—¡Cómo! —exclamó Olmedo—. ¿Lo sabe usted?

—En efecto.

—Bien... ¿Dónde está?

Cliff Osborne sonrió, como un gran gato divertido ante las tonterías de unos ratoncitos.

—¿Queda muy lejos la casa de Esteban Montero? —preguntó.

—¿Lejos de aquí? No... Ahora estamos en Guanabacoa, es decir, en las afueras de Guanabacoa. Esteban tiene su casa también aquí, pero al otro lado de la ciudad.

—Entiendo... Demonios, me alegro mucho de no tener que pasearme por las calles de La Habana. ¿Dónde vive el señor Montero? ¿En una casa como ésta, o en un edificio...?

—En una casa como ésta, de dos plantas, jardín... Está en la zona residencial del otro lado, más cerca del mar.

—Magnífico. Entonces iré allá, recogeré el microfilm y me largaré a casa. ¿Puede usted ayudarme a salir de Cuba, señor Olmedo? La emisora de La Habana va a permanecer silenciosa una temporada, pues la están buscando con radiogoniómetros y otros aparatitos, de modo que no conviene que mis amigos de la capital hagan nada. Mucho menos utilizar la emisora, así que no puedo ponerme en contacto con ellos... ¿Podría usted conseguirme una lancha, o un helicóptero, o...? ¿Qué le pasa? ¿De qué se ríe?

Purificación, que contemplaba definitivamente fascinada al agente del

F. B. I.,

miró sorprendida a Olmedo, pero éste no reía. Sólo sonreía.

—Bueno, señor... señor...

—Gato —gruñó Cliff—. Señor Gato, eso es todo. ¿De qué se ríe usted?

—Verá... Usted habla de ir a la casa de Esteban, recoger el microfilm y marcharse. Como si ya estuviese hecho. ¿Quiere que le diga qué opino yo respecto al silencio del señor Merrill?

—Por supuesto. ¿Qué opina?

—O lo han detenido, o lo han matado. La casa de Esteban,

señor... Gato, está vigilada también por la Policía.

—Es lógico.

—Ah... ¿Ya lo había comprendido?

—¡Por supuesto, señor Olmedo!

—¿Y aun así dice que irá allá, recogerá el microfilm... y se irá a su casa de Estados Unidos? ¿Así de fácil? ¿Así de simple?

—Ni es fácil, ni es simple, señor Olmedo. Pero si yo digo que voy a entrar, es porque eso es exactamente lo que haré.

—Muy bien —sonrió de nuevo Olmedo escépticamente—. Al menos, ya puedo decir que he conocido a un hombre con gran fe en sí mismo. Le deseo suerte.

—No cree que lo logre, ¿verdad?

—Pues... Quizá. Sí, quizá lo logre. Pero sería mejor hacer las cosas con más... posibilidades a favor.

No me diga que tiene usted una idea mejor que la mía.

—No sé si es mejor, señor Gato. Pero es más factible y muchísimo menos arriesgada.

—Adelante... ¡Adelante, le escucho!

—Usted nos dice a nosotros dónde está el microfilm dentro de la casa de Esteban. Luego, yo le consigo un helicóptero aceptable y se va rumbo a Miami. De aquí a unos días, la Policía se cansará de vigilar la casa de Esteban. Yo voy allí, recojo el microfilm y se lo envío al

F. B. I.

—Asombroso —parpadeó Osborne—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí tan brillante idea?

—Se está burlando de mí —gruñó Olmedo.

—No, no... Mire, señor Olmedo, en esta jugada hemos invertido mucho para fiarlo todo ahora a las posibilidades de usted. No es que pretenda despreciarlo, pero le considero poco adecuado para un trabajo de esa clase. De todos modos, agradezco su buena voluntad, y...

—Pero no sirvo.

—Para esto, temo que no. Atienda... Esos dos cubanos que han secuestrado el avión Baltimore-Miami en el que viajaba yo son amigos de Estados Unidos, colaboradores del F. B. I, para estos asuntos. Dos bravos muchachos que han cargado con todo el peligro de las posibles malas consecuencias de haber robado un avión.

Sabemos que no les hacen gran cosa, pero, aunque los encarcelen, que es lo máximo que pueden hacerles, no será por mucho tiempo, y, cuando salgan, serán bien vistos por el gobierno de Fidel Castro... ¿Comprende? Es decir, que, además del servicio prestado al

F. B. I.,

al «secuestrar» el avión en el que viajaba yo y en el que se ha marchado Esteban Montero de Cuba, esos dos muchachos podrán más adelante seguir colaborando espléndidamente con el F. B. I., desde «dentro» de Cuba. Luego, está Richard Merrill, compañero del F. B. I.,

que no aparece por parte alguna, y que, desde luego, tengo que encontrar como sea. Finalmente, están usted y la señorita Reyes, que son amigos de Esteban Montero... Muchas cosas, muchas personas, para que yo me largue alegremente, señor Olmedo. ¿Lo entiende?

—Es fácil de entender —dijo rápidamente Purificación.

—Pero si a usted le pasa algo... —deslizó Olmedo.

—Mi querido señor: si he conseguido salir del aeropuerto, ¿cree usted que no podré salir de la casa de Esteban Montero?

—Todavía no sabemos si podrá entrar. ¿Qué pasará si le matan al querer entrar? El microfilm se quedará allí para siempre...

—No, no... Si me matan, el señor Montero, en Washington, dirá a mis jefes dónde está el microfilm, y enviarán otro agente. Y otro, y otro, y otro... No se complique usted la vida. Demasiado hará si puede conseguirme un helicóptero. ¿Puede?

—Creo que sí. Pequeño, algo viejo..., pero suficiente para llegar a Miami, claro.

—Espléndido. Mañana se ocupará usted de eso, mientras yo descanso hasta la noche. Tendré que estar en muy buena forma... También le agradecería que me consiguiese algo de ropa... negra.

—¿Ropa negra?

—Sí. ¿Le importa que duerma en la terraza, señor Olmedo? No soporto bien el calor. Supongo que tiene allí alguna hamaca...

—¡Hay dos! —Se levantó rápidamente Purificación—. Le ayudaré a ir allá, señor Gato.

—Oh... Muy amable... ¡Muy amable, señorita Reyes! Se lo agradezco de veras... Buenas noches, señor Olmedo. Casi buenos

días, ¿verdad?

Se apoyó en un hombro de la muchacha, que le rodeó la cintura con un brazo, muy solícita. Cliff Osborne contuvo una sonrisa, al contemplar el vendaje de su pierna herida. Por menos de medio dólar, en aquel mismo momento era capaz de recorrer en menos de quince segundos los cien metros-valla, pero... ¿por qué defraudar a la solícita muchachita de los ojos color noche? Así que, simulando una cojera que en modo alguno sentía, salió con ella a la terraza, notando bajo su mano la fina y fresca piel de Purificación Reyes. La muchacha le «ayudó» a acomodarse en la hamaca y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Está usted bien, señor Gato?

—Oh, muy bien, muchas gracias...

—Yo estaba pensando... Bueno, el F. B. I, ha utilizado ciudadanos norteamericanos para sus planes, haciéndoles viajar a La Habana, perder horas, sufrir molestias... ¿Tiene derecho a eso el F. B. I.?

—Pues no sé —recapacitó Osborne—. Pero si yo me juego la vida por mis compatriotas, creo que ellos pueden perder cinco horas de su vida para ayudar en algo a los chicos del F. B. I..., Aunque sea sin saberlo. ¿No le parece?

—¡Oh, sí! ¡Usted... usted es muy valiente, señor Gato!

—¿Valiente? ¿Yo?

—Sí, sí... Yo quisiera ser también muy valiente, hacer cosas por mi patria... Cosas como las que hace usted... ¡Me gustaría muchísimo!

El agente del F. B. I, tomó la mano de la muchacha y la palmeó amablemente.

—Gran chica —sonrió—. Una gran chica, sí... ¿Tiene sueño?

—No... no mucho...

—Entonces..., ¿será tan amable de estar atenta a la radio que le entregó Merrill? Quizá él todavía... pueda llamar. Si es así, avíseme inmediatamente.

—Usted no cree que él vaya a llamar.

—No —murmuró roncamente Osborne—. Mucho me temo que Dick Merrill ya no volverá a llamar jamás a nadie.

—Ojalá se equivoque... ¡Ojalá él llame esta misma noche! Era tan simpático, tan buena persona...

—Admirable epitafio —sonrió crispadamente Osborne—.
Gracias en nombre del

F. B. I.

Buenas noches, señorita Reyes.

Le besó una mano, con simpática galantería, y acabó de acomodarse en la hamaca. Alzó los ojos hacia la muchacha, que continuaba allí, siempre como fascinada... El

G-man

guiñó un ojo, cerró luego los dos, y eso fue todo.

CAPÍTULO IX

La casa se veía perfectamente, aun a aquella distancia, gracias a los prismáticos que Jacinto Olmedo había facilitado a Osborne, y éste dedicó no menos de diez minutos a examinarla en todos sus detalles, así como los alrededores. Lucía un hermoso sol y era poco probable que cualquier detalle importante escapase a la experta mirada del

G-man.

Por fin, bajó los prismáticos, sonriendo secamente. Purificación Reyes, a su lado, se quedó mirando asombrada una vez más aquellos ojos casi transparentes, extraordinarios. Había pensado preguntarle varias veces al agente del F. B. I, cuál era su verdadero nombre, pero, en verdad, el de Gato le sentaba a la perfección.

—O son muy listos, o son muy tontos —musitó el

G-man.

—¿Por qué?

—La casa parece vacía, y para localizar a uno de los que vigilan en el exterior hace falta muy buena vista. Digamos que saben esconderse aceptablemente. Podrían engañar a cualquiera, desde luego.

—¿Pero a usted no?

Cliff miró a la muchacha y sonrió amablemente. Había algo en aquella chica. Bien... Quizá no raro, sino diferente. Parecía no tener plena conciencia de su gran belleza, era discreta, callada, muy modesta. Para el agente del

F. B. I.,

Purificación Reyes pertenecía a esa clase de mujeres con las que se está bien de verdad: tranquila, dulce, convencida de que el hombre es un animal superior a la mujer... No era tonta, ni muchísimo

menos, pero no hacía el menor esfuerzo por demostrarlo continuamente. Cliff Osborne se imaginó a Purificación Reyes siempre cerca de él, mirándole de aquel modo, y la idea le gustó, sorprendiéndole a la vez.

—Digamos que no me han engañado en esto señorita Reyes —expuso suavemente—. Pero pueden engañarme en otra cosa. He contado seis hombres, de paisano, que parecen estar por ahí casualmente. No se acercan a la casa, y, si pensamos con lógica, no deben tener a nadie dentro. Por eso digo que o son muy tontos o son muy listos.

—Lo siento, pero yo... no comprendo.

—Ni yo me entiendo demasiado bien —admitió Cliff—. Pero no me gustan las facilidades. Lo del aeropuerto, aquel cerco férreo, declarado, tenía sentido. Eso se entiende bien. En cuanto al cerco tendido alrededor de la casa, es dudoso.

—¿Le parece que es una trampa? ¿Usted cree que le facilitan la entrada a quien sea para capturarlo dentro?

—Así parece. Pero a estas horas, ellos saben ya muy bien que se las están viendo con un profesional del espionaje... ¿Realmente esperan engañar a un profesional? Es cierto que pueden hacerlo, pero no de un modo tan simple, tan ingenuo.

—En definitiva, usted está diciendo que además de la trampa o cerco que significan esos seis hombres hay algo más.

—¡Efectivamente!

—¿Y qué cree que puede ser?

—No lo sé... Pero sí sé que un gato no entraría en un lugar como ése en las condiciones actuales. ¿Alguna vez ha tenido un gato?

—No —se desconcertó la muchacha.

—Yo tengo uno en mi apartamento. Un siamés. Los gatos son animales dignos de ser observados. Y en el mío, entre otras cosas, he observado que si le abro la puerta de una habitación, como invitándole a entrar, da media vuelta y se aleja de esa habitación.

—Oh, qué curioso...

—Muy curioso.

—Pero usted no es un gato.

—Desde luego —rió Osborne—. No soy un gato. Soy un animal superior, capacitado para pensar. Pero en estos momentos me gustaría ser gato, para saber por qué cuando a uno de esos bichos le

abren una puerta sin motivo aparente da la vuelta y se aleja. Es evidente que algo no le gusta... Y creo que sé lo que es.

—¿Qué es?

—Pues que, a su manera, el gato debe pensar respecto a la persona que le abre la puerta: «si me abres la puerta, es que te conviene a ti, no a mí; por lo tanto, no me apetece entrar».

—¿Eso quiere decir que no va a entrar usted en la casa?

Cliff Osborne quedó pensativo, fruncido el ceño. Estuvo así no menos de dos minutos. De pronto preguntó:

—¿Cuándo se fue usted a la casa del señor Olmedo? ¿Antes o después de que la Policía comenzara a interesarse por Esteban Montero?

—Antes... Esteban me dijo que el señor Merrill había querido ponerse en contacto con el espía cubano, pero que éste había desaparecido, y que el señor Merrill temía mucho que hubiera sido delatado de un modo u otro, de modo que podían ir a buscarlo a él de un momento a otro. Entonces Esteban me envió a casa de don Jacinto, y él dijo que iba a reunirse con el señor Merrill...

—Entiendo. Luego, Merrill llevó a Montero al aeropuerto, lo dejó allí acorralado, sin poder hacer otra cosa que escapar, y fue a la casa de don Jacinto, exponiéndole la situación... ¿Le dijo que Esteban Montero estaba en un inodoro?

—Pues... no. No, no dijo eso. Sólo que estaba en el aeropuerto, escondido. Entonces don Jacinto envió allá a Pedro con el coche, porque el señor Merrill dijo que él no se atrevía a hacer nada, que podían capturarlo. Luego dijo que él iba a buscar el microfilm y que, por su parte, intentaría conseguir ayuda para Esteban...

—Ajá... Es decir, que Merrill se fue hacia la casa de Esteban Montero a buscar el microfilm. Por el camino llamó a Esteban Montero, supo dónde estaba escondido éste, y entonces avisó a los colaboradores de La Habana, a quienes les dijo que Montero estaba en el inodoro y todo lo demás... Los de La Habana pasaron el aviso a Miami, y desde Miami lo enviaron a Washington. Bien. O sea, que después de dejar a Montero en el aeropuerto, Merrill estuvo en casa del señor Olmedo, donde ya estaba usted. Luego se fue a recoger el microfilm a casa de Montero.

—Sí... Así parece —admitió la muchacha.

—Entonces —el

G-man

señaló hacia la casa de Montero—, es posible que a Richard Merrill lo atrapasen ahí, cuando llegó en busca del microfilm. Pero cuando la Policía llegó a cercar la casa, usted ya no estaba en ella.

—No.

—Espléndido. Es decir, que, oficialmente, usted puede haber estado de viaje y no saber nada de lo que está ocurriendo. O sea, si usted se presenta en esa casa y se sorprende al ser detenida, la Policía tendrá que admitir que quizá usted verdaderamente no sabe nada de nada. Si, por ejemplo, usted dice que ha estado un par de días con su amigo el señor Olmedo, invitada, no habrá motivo para dudar de su palabra. Es decir, pueden dudar, pero también pueden pensar que es cierto, y que, por tanto, usted no sabe nada de nada, y... ¿Me explico, señorita Reyes?

La muchacha miraba con expresión un tanto asustada a Cliff.

—¿Está pensando en que sea yo quien... quien entre en la casa para recoger el microfilm? —musitó.

—Algo parecido..., Desde luego, el contraespionaje cubano sabe algo de ese microfilm..., pero no lo tienen. Saben que está en la casa, pero no en qué lugar de ésta... Y les parece más fácil y cómodo dejar la puerta abierta para que alguien vaya a recogerlo que derribar la casa en busca de una cosa tan pequeña como es un microfilm.

—Si capturaron al señor Merrill, quizá le obligaron a decir dónde estaba el microfilm...

—No. No, no, no... Si Richard Merrill hubiera dicho eso, el contraespionaje cubano habría ganado ya la partida y hasta habría ido a buscarla a usted y al señor Olmedo; pues, puesto a confesar cosas, un espía lo dice todo... ¿Comprende? Si nadie les ha molestado a ustedes ni los cubanos tienen el microfilm, es que Richard Merrill no habló antes de morir.

—¿Morir? Quizá aún esté vivo...

—No. Está muerto. Fíjese bien: el tiempo transcurrido desde que se separó de usted y del señor Olmedo para venir a la casa de Esteban Montero debe ser, como mínimo de veinte horas... ¿De acuerdo?

—Sí... Aproximadamente.

—¿Usted cree que una persona sometida a... «interrogatorios

adecuados» consigue permanecer callado durante veinte horas?

—No..., no sé...

—Yo le digo que no. En veinte horas, por procedimientos adecuados, se le saca la verdad a cualquier espía. Y puesto que han transcurrido esas veinte horas y nada ha sucedido, es que Merrill no les ha dicho nada. Y sólo los muertos resisten veinte horas sin decir nada, señorita Reyes. Si estuviese vivo, usted, el señor Olmedo, y quizá yo mismo, habríamos sido cazados ya. Ahora veamos la cuestión desde otro punto de vista: ¿usted cree que media docena de contraespías cubanos van a ser tan torpes de matar a quien puede decirles lo que les interesa? Sobre todo, teniendo en cuenta que pueden cazarlo tranquilamente tan sólo con dejarlo entrar en una casa.

—Parece que no sería inteligente matarlo.

—Ajá. Sin embargo, pese a que yo no creo que esos contraespías hayan matado a Merrill, éste ha muerto, ya que, de otro modo, habríamos tenido noticias de él por medio de la radio. O sea, que, definitivamente, Merrill no murió en esa casa. Seguramente ni siquiera llegó a ella. Se encontró con alguien que lo mató...

—¿Alguien? ¿Quién?

—No sé. Pero sí sé ahora que nada le va a ocurrir a la persona que se acerque a la casa de Esteban Montero, porque lo querrán vivo. Si me acerco yo, y logran detenerme, no podré dar ninguna explicación satisfactoria. En cambio, si se acerca usted, la cosa no podrá causar desconfianza. Usted ha estado dos días fuera, y eso es todo... Que no sabe nada de nada.

—Entonces..., ¿tengo que ir yo a buscar el microfilm? ¿Dónde está?

—No me ha entendido... No he dicho que sea usted quien tenga que sacar el microfilm de esa casa.

Purificación Reyes parpadeó rápidamente.

—¿De verdad espera usted que yo entienda algo? —preguntó.

—Ya le diré lo que tiene que hacer..., si es que no se niega, por supuesto. No está obligada a trabajar a ciegas para mí.

—Señor Gato —musitó la muchacha, mirándolo fijamente—. ¿Está usted desconfiando de mí en algún sentido?

—No he dicho eso —susurró el

G-man.

—No lo ha dicho, pero lo piensa: desconfía de mí.

—Le aseguro que no... Mire, pude haber venido aquí con el señor Olmedo, que conoce estos lugares tan bien como usted, ¿no es así? Sin embargo, cuando usted se ofreció a acompañarme, la acepté sin vacilar, la he dejado conducir el coche, he dejado a su elección el mejor lugar para observar la casa de Montero... Prácticamente, me he puesto en sus manos, señorita Reyes. ¿Eso es desconfiar?

—Yo sentiría..., sentiría mucho que usted desconfiara de mí.

—Todo lo contrario. Oh, vamos... Le estoy muy agradecido, y comprendo que le causo molestias. Pero ya han terminado. Volveremos a casa del señor Olmedo, y pensaré en otro plan para conseguir el microfilm.

—¿Ya no va a utilizarme?

—Será mejor que no. No tengo derecho a molestarla tanto, ni a ponerla en peligro, por leve que sea. Realmente, estar cerca de mí en estas circunstancias es peligroso, y...

—Pero yo quiero estar cerca de usted.

—¿De veras? ¿Por qué?

Estaban sentados uno junto al otro sobre la hierba, de lado con respecto a la rada de Guanabacoa. Abajo se veían algunos pesqueros y el mar parecía partido por la blanca estela de uno de los vapores que hacían la travesía La Habana-Guanabacoa. Rodeados de palmeras y de arbustos, no había allí más seres vivientes que ellos y algunos pajarillos que piaban alegremente. Purificación Reyes no contestó a la pregunta del

G-man...

Puso una de sus finas manitas sobre una de él, lo miró y encogió los hombros en un gesto infantil, mientras sus bonitos labios temblaban un instante.

—¿No lo sabe? —susurró Cliff.

Ella bajó los párpados; no en un falso gesto de niña ruborosa, sino en un auténtico deseo de ocultar sus brillantes ojos a los del agente del

F. B. I.,

que se quedó mirando entonces la boca, considerando toda una serie de posibilidades que, ciertamente, no podían estar más claras. Tomó entre sus dedos la barbilla de la muchacha, la alzó, y así pudo

ver de nuevo los ojos, tan grandes, tan hermosos. Purificación emitió un cortísimo suspiro, y Su Majestad El Gato cayó en la trampa.

Una trampa dulcísima, desde luego. Sin saber exactamente cómo, se encontró besando los tiernos labios de Purificación Reyes, que le había rodeado el cuello con los bracitos y se apretaba contra él.

Se sintió desconsoladísimo cuando ella apartó sus labios; y sólo entonces se dio cuenta de que estaban tendidos en el suelo, sobre la blanda hierba. Purificación había recuperado la respiración con un profundo suspiro, y musitó:

—Ya sé que esto no significa nada para ti, pero para mí...

Cliff no la dejó terminar. Volvió a besarla. Hasta ellos llegó la sirena de un vapor que se apartaba de la rada.

—¿Y para ti? —preguntó Cliff—. ¿Qué significa para ti?

—No sé... Todo. Siento que quisiera estar siempre contigo... Pero supongo que me dejarás aquí cuando vuelvas a Estados Unidos...

Su Majestad El Gato volvió a besarla. Ella acariciaba su nuca con los finos dedos, y a cada caricia el

G-man

notaba un extraño latido fortísimo en todo su cuerpo. Puso una mano en la garganta de Purificación Reyes, y la notó fina, suavísima, latiendo con fuerza, con rapidez... Se apartó bruscamente, tan de prisa, que aún pudo ver cerrados los ojos de ella, que tardó un segundo en abrirlos. Cliff Osborne se sintió como sumergido en un mundo nuevo, como bañado en cálida luz negra.

—¿Qué te pasa? —susurró ella.

—Nada... Debemos volver.

—Como quieras... ¿Me dejarás ayudarte? ¿Me dejarás? Haré lo que tú digas... Siempre haré lo que tú digas, pero déjame estar contigo todo el tiempo posible... Te lo suplico.

—Purificación, ¿qué quieres de mí?

—Lo que tú quieras darme. Yo te lo daría todo, si me lo midieras... Todo.

—¿Por qué?

—No sé. Te quiero. Te amo. Me gusta verte... No lo sé. Sólo sé que cuando te vayas me sentiré muy sola, muy triste... Me sentiré

morir, lo sé. ¿Estás sorprendido?

—Creo que no —murmuró Cliff—. Si yo pienso en marcharme sin ti, también me siento triste. Eres muy bonita, Purificación... Y tan dulce... Eres una mujer cómoda, fácil de amar...

—¿Me amas?

—Me temo que sí. O algo parecido.

Ella sonrió, de aquel modo tan dulce, mientras obligaba con suavidad a bajar la cabeza al agente del F. B. I, para besarlo en los labios, muy ligeramente. Fue como una fresca brisa en los labios de Cliff.

—Puedes decidirte durante el día de hoy, señor Gato... Déjame estar contigo todo el día, déjame que te ayude a recoger el microfilm de Esteban... Luego, cuando hayas conseguido lo que te ha traído a Cuba, tú decides: me dejas o me llevas... Pero, por favor, llévame... ¿Me llevarás? ¿Me llevarás contigo?

—Será mejor que volvamos a casa de Olmedo —murmuró Cliff, con voz algo ronca.

Se puso en pie y se quedó mirando a la muchacha, que permaneció todavía unos segundos tendida, con los ojos cerrados. De pronto, los abrió, y alzó una mano hacia Cliff, que la ayudó a ponerse en pie, y se la encontró en los brazos, de nuevo unidos sus labios. Éste fue el beso más largo de todos, sin duda alguna. Luego, tomados de la mano, fueron hacia donde habían dejado el coche, en silencio.

Verdaderamente había muy poco más que hablar.

CAPÍTULO X

—Es una locura —murmuró Olmedo—. Mire, señor Gato, si lo que quiere es llevarse a Purificación, bien está. Es cosa de ella. Y de usted, claro. Pero una cosa es llevársela a Estados Unidos y otra cosa es meterla en la casa de Esteban... Si la atrapan, ya no la dejarían marchar. En mi opinión, sus ideas durante la siesta no han sido demasiado buenas.

—Pues yo creo que el plan es bueno —dijo Purificación.

—También a usted la siesta le ha sentado mal —sonrió paternalmente Olmedo—. Los dos están un poco chiflados, con perdón. Dicen que hay seis hombres vigilando la casa... Seis visibles, se entiende. Y van a meterse los dos en ella. No sé si usted podría luego salir, señor Gato, pero seguro que Purificación no podría.

—El plan es bueno —insistió tercamente Purificación—. Yo creo que se puede hacer. Además, aunque no me dejen salir en seguida, tendrán que soltarme pronto... No van a meterme en una cárcel, señor Olmedo. Me harán preguntas, yo diré que no sé nada, que estuve dos días con usted, lo vendrán a confirmar, y me dejarán libre.

—¡Qué fácil! ¿Verdad? —Olmedo miró a Cliff—. ¿Realmente lo cree usted también así, señor Gato?

—Yo creo que puede salir bien —murmuró Cliff, algo ceñudo—. A fin de cuentas, Purificación es sólo la secretaria de Esteban Montero, no su cómplice. Ni siquiera es familia. ¿Por qué han de molestarla demasiado? ¿Acaso usted negará que ella ha estado aquí dos días en lugar de uno?

—¡Claro que no! Mi parte es la más sencilla, y tendré mucho gusto en ayudar, aunque sea tan modestamente. Pero la parte de

ustedes es peligrosa... y descabellada.

—Saldrá bien... —aseguró Osborne—. Purificación llegará ante la casa en el coche de usted, con Pedro al volante. Ella se apea, Pedro se va, y ya está. Luego, Purificación va a la casa de Esteban y llama. Será detenida por los del contraespionaje, evidentemente. Y esa detención va a distraer a los que vigilan la casa, es lógico. Entonces, yo aprovecharé esa distracción momentánea para deslizarme hasta el jardín. Una vez allí, todo será fácil.

—¡Fácil! —bufó Olmedo—. ¡Tiene usted que escalar un roble cuyo tronco es más grueso que yo, saltar luego desde lo alto de ese roble, al tejado de la casa, abrir el tragaluz del desván, al tejado, al roble, bajar de éste y salir del jardín...! Si usted consigue hacer todo esto, es que, realmente es un gato.

—Miau —dijo Cliff, sonriendo.

Purificación le dirigió una luminosa mirada y también sonrió, mientras Jacinto Olmedo refunfuñaba sobre la insensata audacia de algunas personas.

—Muy bien... —Acabó gruñendo—. Allá ustedes. Yo no puedo hacer más. Le conseguí ropas negras, una pistola, y buscaré esa cuerda de nylon que me ha pedido. Pedro llevará el coche, con Purificación, a la casa de Esteban, poco después de anochecer, y volverá aquí. ¿Algo más por mi parte?

—Es suficiente, señor Olmedo. Muchas gracias.

—Están locos..., pero allá ustedes. Y perdónenme, pues tengo asuntos que atender en mi despacho. Hasta luego.

—Hasta luego. Nosotros daremos un paseo.

—Como gusten. Mi plantación de caña es suya... Que se diviertan.

—Haremos lo posible —aseguró Cliff, sonriente.

Jacinto Olmedo entró en la casa, todavía refunfuñando. Purificación se puso en pie, tomó de una mano a Cliff y tiró de ella, obligándose a abandonar el cómodo sillón de mimbre colocado a la sombra, en la terraza.

—Vamos a dar ese paseo. Ya no hace tanto calor... Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Mejor que no lo sepas. Así, si te torturan cuando te capturen en la casa de Montero, no podrás delatarme.

Purificación se echó a reír y se abrazó a Osborne, besándole en

la boca, con un delicioso gesto lleno de confianza, de ternura.

—No te vendería aunque me hicieran pedacitos... —aseguró—. Pero de todos modos es mejor que no me digas tu nombre... todavía. ¿No quieres besarme?

—Bueno... Tenemos cerca algunos de los empleados del señor Olmedo... No me gusta ser un espectáculo. Sigamos paseando... El señor Olmedo debe ser muy rico, con tanta caña de azúcar. ¿Es muy grande su plantación?

—No lo sé. Ni me importa.

—¿Qué hay allí? ¿Otra casa?

Purificación miró hacia donde señalaba el G-man.

Era una pequeña choza, que se veía de mitad para arriba por entre la plantación de caña dulce, a la izquierda del sendero que llevaba desde la gran casa de Jacinto Olmedo hasta la carretera.

—Es una cabaña donde guardan su material los cortadores de caña, y se refugian si llueve mucho de pronto. ¿Quieres que vayamos a verla?

Cliff Osborne se quedó mirando a Purificación, cuya expresión era anhelante. Tomó el rostro de la muchacha entre sus manos y sonrió un tanto crispado.

—No quiero ir allí contigo, Purificación.

—A mí me gustaría —musitó ella.

—También a mí. Pero no quiero. Hay diferencia entre unos cuantos besos y encerrarnos en una cabaña. Terminemos primero lo que hay que hacer. Puede que algo me salga mal a mí, y entonces, no quisiera dejarte sola con un recuerdo... tan completo de mí.

—Sé que todo te saldrá bien... —murmuró ella—. ¡Ojalá estuviese tan segura de que vas a llevarme contigo!

—No te lo he garantizado.

—Lo sé. Eres extraño... Yo te amé anoche, en cuanto te vi los ojos... Tú dices que seguramente me amas. Sólo «seguramente». Me besas, me acaricias, pero no te entregas completamente... ¿Por qué? ¿Por qué haces eso conmigo, señor Gato?

—Quizá, precisamente, porque te quiero —sonrió Cliff.

Ella se quedó mirándolo fijamente, abrazada de nuevo a él, esperando anhelante el beso.

—Supongo —musitó, con una muequecita en los labios que

quería ser una sonrisa— que no me estás tomando muy en serio, y que, en el fondo, piensas que las cubanas somos demasiado... apasionadas.

—Había oído algo al respecto —susurró él, deslizando sus manos por los finos hombros de ella—. Y no sabía qué pensar. Pero en tu caso, te diré que me alegro muchísimo...

La besó por fin.

Evidentemente, a Purificación Reyes le gustaban los gatos.

CAPÍTULO XI

Estaba agazapado igual que un gato, esperando, vigilando a su alrededor con aquellos extraordinarios ojos que quizá hasta eran de nictálope; a pesar de lo cual, no podía ver a ninguno de los hombres que con tanta facilidad había localizado aquella mañana. La casa estaba completamente a oscuras y, aunque esto no significaba nada, Cliff Osborne estaba convencido de que no había nadie dentro. O sea, que la trampa continuaba fuera de la casa de Esteban Montero...

El coche de Jacinto Olmedo apareció, al fin, con Pedro al volante. Llegó ante la entrada al jardín que daba a la hermosa avenida llena de palmeras, y se detuvo. En seguida se apeó Purificación Reyes. Le dijo unas palabras a Pedro, el motor del coche volvió a rugir suavemente y, mientras seguía avenida adelante, la muchacha entró en el jardín, directa hacia el pequeño porche de la entrada. Sin lugar a dudas, Purificación era una chica valiente.

Los ojos del agente del F. B. I, iban de un lado a otro, atentísimos. Desde luego, si nadie se acercaba a Purificación, él no iría a la casa, ya que sería fácil comprender que los hombres del contraespionaje cubano esperaban una pieza mayor. Y eso significaría ya con toda claridad que alguien estaba cometiendo traición. Esto era algo que Cliff había pensado ya, con toda lógica. Ciertamente, si los cubanos habían atrapado a su compatriota traidor, el que había facilitado la información a Esteban Montero, era lógico que estuvieran detrás de la pista de éste. Pero... ¿cómo habían sabido que Montero iba a estar en el aeropuerto? Eso no podía haberlo dicho el espía cubano que había «desaparecido».

Lo había dicho otra persona, alguien que sabía que Richard

Merrill y el periodista Montero se disponían a tomar un avión hacia Miami...

Sin saber por qué, se sintió sorprendido al ver aparecer a los tres hombres, acercándose rápidamente a Purificación. Dos de ellos aparecieron procedentes de los arbustos de flores del jardín, y el otro, por un lado de la casa, a la izquierda. En un instante, Purificación quedó acorralada en el porche, al cual subió uno de los hombres, mientras los otros dos quedaban abajo, parecía que apuntando a la muchacha con pistolas... No había tiempo para sentir extrañas sorpresas. El

G-man

salió de su escondrijo, se deslizó por la acera, saltó la pequeña verja que rodeaba el jardín y se deslizó hacia unas matas, invisible con su negro atuendo, veloz y seguro. Quedó encogido allí unos segundos, mientras oía la voz de la muchacha, un tanto alta y crispada. No entendía lo que decía, ni lo que contestaban los hombres... Volvió la cabeza vivamente al oír acercarse un coche, que vio claramente por entre las ramas de los arbustos.

El coche, con las luces apagadas, se detuvo donde poco antes había detenido Pedro el de Jacinto Olmedo, y dos hombres se aparearon en seguida, caminando rápidamente hacia el jardín... Cliff Osborne sonrió secamente al identificar a uno de los dos hombres: el capitán Carranza, ahora de paisano. Se reunió con los demás, y al parecer dijo algo molesto, porque la voz de Purificación sonó algo crispada. La voz de Carranza se elevó seca, autoritaria. La puerta de la casa fue abierta, y la muchacha empujada adentro por el propio Carranza, que parecía haber olvidado su amable cortesía de que había hecho gala en Rancho Boyeros.

Era el momento. Sin vacilar, sabiendo que la luz recién encendida en el vestíbulo de la casa debía deslumbrar considerablemente a los cubanos, Osborne se deslizó en completo silencio hasta el grueso roble que crecía al lado derecho de la casa, vista desde la calle. Desenrolló la cuerda de nylon que llevaba en la cintura, con el gancho metálico en la punta, y tiró de éste hacia la rama más baja, dejándolo clavado allí con un fuerte tirón hacia abajo. Era el único modo, pues no habría podido trepar por aquel tronco tan grueso.

Y una vez más, Cliff Osborne demostró que merecía el apodo

puesto por sus compañeros. Con toda facilidad, trepó por la cuerda, a pulso, y en menos de cinco segundos se encontró sentado en la rama del roble. Recogió la cuerda, dejándola doblada varias veces sobre la rama. Luego, siempre en silencio, siempre con una agilidad prodigiosa, continuó roble arriba, como si sus pies tuvieran efectivamente uñas capaces de hincarse en la dura madera. No vaciló ni resbaló una sola vez en su veloz recorrido hasta la rama que le interesaba... Se detuvo allí unos segundos, alerta el oído, inquieta la mirada... No se veía a nadie, ni se oía nada. Por la punta de la avenida llegaban dos autos, pero eso sólo serviría para distraer al resto de posibles vigilantes en el otro lado de la casa. Los dos autos, descapotables, iban ocupados por jóvenes bulliciosos, dos de ellos de pie en el asiento de atrás, cantando a voz en grito.

Osborne volvió su atención al tejado de la casa. Si se deslizaba por la rama en la cual estaba ahora sentado, quedaría solamente a seis pies del borde del tejado, distancia considerable teniendo en cuenta las condiciones del salto. No era lo mismo saltar veinte pies en plena carrera y en tierra firme, que seis pies desde una rama que oscilaba bajo su peso hasta el borde de un tejado. Y sin ser visto ni hacer ruido alguno que pudiera delatarlo. De pie sobre la rama, con las manos y el rostro lleno de pequeños arañazos, llegó hasta donde calculó que aquélla podía sostenerle sin vibrar demasiado cuando diera el salto. Midió por última vez la distancia, tensó los músculos... Pareció salir volando, y cayó en el tejado inclinado, algo más allá del borde, exactamente igual que un gato, a pies y manos, encogido. En su frente aparecían ya las primeras gotitas de sudor por el esfuerzo y la tensión. De nuevo escuchó.

Nada. Silencio. Quietud.

Recorrió con toda facilidad la distancia hacia la entrada a la pequeña claraboya que daba, lógicamente, al desván. Estaba cerrada, pero eso había sido previsto. Introdujo la delgadísima ganzúa de acero por la junta del marco y la pequeña puerta inclinada, estuvo tanteando casi un minuto, y por fin, cuando comenzaba a inquietarse por el tiempo que estaba perdiendo, encontró el cierre. Un suave, ligero, habilísimo movimiento de su mano, y dentro se oyó un ruidito. Alzó la puertecilla, se descolgó al oscuro interior de la casa, volvió a cerrar, y encendió la pequeña linterna. Exactamente: el desván. Fue a la puerta, la abrió, y miró el

tramo de escaleras abajo, hacia el pasillo del piso alto de la casa. Doce escalones.

Apagó la linterna, bajó los escalones, estuvo escuchando unos segundos y, en la oscuridad, sonrió fríamente al oír la voz de Carranza, abajo; luego oyó la voz de Purificación, crispada, asustada.

A toda prisa, el

G-man

abrió la primera puerta que encontró en el pasillo y lanzó la luz de la linterna hacia dentro del cuarto, sólo una fracción de segundo. No era el cuarto de baño... Tampoco acertó en la segunda puerta, ni la tercera... La cuarta sí era el cuarto de baño. Entró, cerró, buscó el depósito higiénico del inodoro con el fino rayo de luz hacia arriba... Lo vio en seguida, sobre el inodoro. Se puso en pie sobre éste, alzó un brazo y metió la mano dentro, notando en seguida el frescor del agua. Movié la mano por el contorno de la pequeña cisterna y muy pronto sus dedos tocaron algo pequeño, redondo, fino, que flotaba en el agua. Lo sacó, lo puso bajo la luz de la pequeña linterna y sonrió crispadamente al ver la cápsula de plástico. A buen seguro que había sido Richard Merrill quien se la había facilitado a Esteban Montero.

Bajó del inodoro, abrió la capsulita y vio el pequeño microfilm. Volvió a cerrar la cápsula, apagó la luz de la linterna y fue a la puerta... Cuando salió al pasillo, abajo volvía a oírse la voz de Carranza, cada vez más airada. Por un instante, el

G-man

vaciló. Podía dar muchas clases de sorpresas a cualquiera, ciertamente, pero el microfilm que acababa de conseguir tenía demasiado valor para arriesgarlo..., incluso por la muchacha. No le pasaría nada a ella... Nada.

Por el mismo camino, sin haber producido el menor ruido, Su Majestad El Gato volvió al tejado y se deslizó hasta el borde. El camino de vuelta era más fácil, ya que saltaba desde una posición firme, sólida. Respiró profundamente, mientras se pasaba las palmas de las manos por los pantalones, secándose el ligero sudor; resbalar con una mano significaría...

Se encogió de pronto, echándose hacia atrás, mientras notaba como una sacudida eléctrica en todo el cuerpo. Sabía que sus ojos

no le engañaban jamás: allá abajo, entre unas matas, algo había brillado. Algo metálico, largo... El cañón de un rifle. Conteniendo la respiración, Cliff Osborne apartó la mirada de allí, recorriendo el resto del jardín. No pudo ver otro brillo como aquél, pero sí distinguió el blanco de los ojos de un hombre.

Aquella especie de sacudida eléctrica se repitió en el tenso cuerpo del agente del

F. B. I.

Comprendió la verdad en el acto, por puro instinto: la trampa se había cerrado. En un instante lo comprendió todo... Absolutamente todo. Fue una revelación, como un fogonazo de luz que iluminó completamente su cerebro, sus ideas, aclarándolas, delatando al fin los puntos extraños en aquel asunto.

Estaba tan inmóvil, tan invisible en la oscuridad del tejado con sus ropas negras y el rostro maquillado de oscuro, que era poco probable que los hombres que le esperaban en el jardín le hubiesen visto... Además, seguramente no querían matarlo, por el momento. Los rifles debían disparar balas de narcótico...

Permaneció inmóvil allí casi medio minuto y, por fin, regresó hacia la entrada al desván. En pocos segundos estuvo dentro de éste, salió al tramo de escalones de madera, bajó al pasillo... Lo recorrió completamente, hasta llegar a la escalinata que llevaba a la planta baja, y, sin vacilar, inició el descenso, mirando hacia la puerta bajo la cual se veía una raya de luz. Ni mucho menos hacía falta un oído tan fino como el suyo para saber que allí dentro estaban Carranza, Purificación Reyes y los demás hombres del contraespionaje cubano. Se acuclilló un instante ante el ojo de la cerradura, y echó un vistazo al interior... Sonrió secamente al ver a Purificación Reyes de cara a la puerta, con un hombre a cada lado... El que estaba de espaldas era Carranza, sin duda. La muchacha estaba sentada en una silla, y su rostro se veía enrojecido, llenos de lágrimas sus ojos...

Cliff Osborne se movió a derecha e izquierda, ampliando en lo posible su campo visual por el ojo de la cerradura. Parecía que sólo había tres hombres allí. Es decir, que dos habían quedado fuera. Se enderezó, sacó la pistola y, con la mano izquierda, empujó la puerta, con suavidad, pero rápidamente.

Los dos hombres que había a ambos lados de Purificación

alzaron la mirada, sobresaltados. Se quedaron con la boca abierta, estupefacto el gesto, mirando por fin la pistola que empuñaba el G-man.

Carranza se había vuelto como un relámpago, fruncido el ceño, brillantes de furia los ojos... Su expresión cambió inmediatamente hacia la estupefacción más absoluta. Pero, sin duda, la más sobresaltada era Purificación, cuyos bellísimos ojos llenos de lágrimas de dolor se desorbitaron, espantados.

—No... —gimió—. ¡Vete! ¡Vete!

—Hay tiempo... —sonrió Cliff—. ¿Qué tal, capitán Carranza? ¿O no es capitán de nada, y sí, en cambio, es un valioso elemento del contraespionaje de Fidel Castro?

Carranza se recuperó en el acto, sonriendo fríamente.

—Interesante encuentro, señor Osborne. ¿O no se llama realmente así, ni es un *hippy* falso, sino un valioso elemento del F. B. I.?

—¡Admirable! —exclamó alegremente el G-man

—. Parece que ha sabido sumar dos y dos, capitán Carranza.

—Sumar es fácil cuando se tienen todos los sumandos.

—En efecto. Veamos si yo puedo sumar tan bien como usted: ¿por qué está golpeando a la señorita Reyes?

—Cosas del espionaje. Supongo que no está escandalizado, señor Osborne... Comprenda que debo hacer todo lo posible por tener noticias del paradero de Esteban Montero.

—Oh, vamos... ¿Y por eso golpea a mi pobrecita Puri? ¿Acaso no ha comprendido que Esteban Montero se fue en mi lugar?

—Sé todo eso, pero no adónde lo han llevado. Cuando lo sepamos, Esteban Montero recibirá una desagradable visita.

—Entiendo. Puedo darle la dirección de Montero, y así no molestará más a esta deliciosa jovencita.

—¿Cuál es esa dirección? —sonrió Carranza.

—Central del

F. B. I.,

en Washington. Si envía a alguien allí, que diga que va de mi parte. Lo recibirán bien.

—Estás loco... —Casi lloró Purificación—. ¡Has debido marcharte, dejarme aquí...!

—Pero mi amor..., ¡te quiero demasiado para hacer semejante cosa! No, no... Nada de abandonarte a tu suerte. Vendrás conmigo. ¿Algún inconveniente. Carranza?

—De verdad está loco si cree que va a poder salir de esta casa, Osborne.

—Salí del aeropuerto, ¿no recuerda? —dijo amablemente Cliff —. A propósito: mis compañeros me llaman Su Majestad El Gato. ¿Eso le sugiere algo?

—Es una tontería como otra cualquiera.

—No, no... Los gatos son taimados, astutos, cautos, silenciosos, pacientes... Lo sé bien, porque yo tengo un siamés, y a veces dedico buenos ratos a observarlo. Para mí, la idiosincrasia de los gatos es admirable. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque sólo luchan cuando es absolutamente necesario o cuando están en su propio terreno, y saben que han de ganar. Mientras las cosas no estén así, los gatos se acomodan a todo. A todo. ¿Un día sin comer? Pues paciencia. ¿Cuarenta y ocho horas encerrados en una caja? Paciencia... Se acomodan a todo. Pero no sólo eso, sino que, en realidad, sacan partido de todo.

—¿Usted piensa sacar partido de esta situación?

—Exactamente.

—¿Y cómo lo hará?

—Veamos... Afuera hay quizá media docena de hombres que me están esperando en el jardín, dispuestos a atraparme en cuanto yo descienda por el roble. ¿No es así?

—O es muy listo, o tiene muy buena vista, Osborne.

—Ambas cosas. Entonces, si ellos me cierran la salida por el tejado, ¿no debo sacar partido de la situación? Yo creo que sí. Y..., ¿qué mejor modo de sacar partido a la vigilancia que hay en el jardín que escapar tranquilamente por la puerta?

Carranza parpadeó.

—No lo conseguirá.

—Oh, sí... Todos sus hombres están agazapados en el jardín. Delante de la casa tengo un coche, en el que llegó usted. Sólo tengo que salir por la puerta, ir al coche, entrar..., y cuando sus compañeros quieran darse cuenta, Su Majestad El Gato se habrá marchado... ¿No es emocionante... y divertido?

—No podrá hacerlo. Le verán y dispararán contra usted...

—¿A qué no? —sonrió fríamente Cliff.

Se había acercado un par de pasos a Carranza y, de pronto, le golpeó con la pistola en la frente, con tal fuerza que derribó al espía cubano, de espaldas, encima de Purificación, de modo que ambos rodaron por el suelo. Inmediatamente, Osborne se desvió hacia el hombre de su derecha y, sin más aviso ni contemplaciones, le propinó un salvaje puntapié entre las ingles, que fulminó al sujeto como si le hubiera caído un rayo. El otro retrocedió vivamente un par de pasos, llevando la mano derecha al interior de la chaqueta... Pero Cliff Osborne clavó en él sus gatunos ojos, mientras le apuntaba con una firmeza y seguridad en verdad convincentes.

—Si saca esa mano vacía, todavía podrá dedicarse al espionaje cuando yo me vaya de aquí... —susurró Cliff—. Si la saca con la pistola, sólo podrá dedicarse a criar gusanos. Elija.

El hombre se pasó la lengua por los labios y, poco a poco, fue sacando la mano..., vacía. Cliff aprobó con un movimiento de cabeza.

—Dé media vuelta —ordenó.

El hombre obedeció, sabiendo muy bien lo que le esperaba. Pero, ciertamente, era mucho mejor que la muerte. En realidad, el agente del FBI estaba demostrando una gran consideración..., pese al tremendo golpe que propinó al hombre en la nuca, con la culata de la pistola. Todavía no había caído éste al suelo, cuando ya el G-man

se acercaba al otro, que conservaba el conocimiento, si bien estaba en el suelo, encogido, lívido, paralizado por el intensísimo dolor. Osborne se inclinó un poco y también golpeó en la nuca al hombre. Luego dirigió una mirada indiferente a Carranza, que yacía cara al techo.

Por fin, el

G-man

miró a Purificación y sonrió.

—Desnúdate, Puri.

—¿Qué... qué...?

La muchacha estaba aún sentada en el suelo, mirando sobrecogida a Cliff.

—Que te desnudes, mi amor. Pero no es tan inmoral como tú

piensas lo que yo pretendo. Quédate sólo con esas dos simpáticas prendas íntimas que lleváis las mujeres. ¿Lo entiendes? ¡Vamos, de prisa!

La muchacha respingó y se puso en pie rápidamente. Comenzó a quitarse el vestido, bajo la atenta mirada del G-man,

que, a su vez, se estaba quitando las negras ropas que le había facilitado Jacinto Olmedo. En pocos segundos, ambos quedaron en prendas menores.

—Ca... ray —exclamó Cliff, mirando de arriba abajo a Purificación.

Dejó boca arriba a uno de los hombres y le quitó rápidamente los pantalones, la chaqueta y los zapatos, empujándolo todo hacia la muchacha.

—Ponte esto. Y recógete esa hermosísima mata de cabellos como puedas.

—¿Tengo... que parecer un hombre?

—Difícilillo, ¿verdad? —sonrió torcidamente Cliff—. Pero así están las cosas. Date prisa.

Se puso las ropas del segundo compañero de Carranza, y se quedó mirando a la muchacha, que acababa de recoger sus cabellos con unas horquillas. Estaba tan pálida que los golpes propinados por Carranza resultaban muy rojos en sus mejillas; fue hacia ella, la ayudó a terminar el nuevo peinado en pocos segundos y luego acarició suavemente sus mejillas.

—Lo siento —musitó—, pero no pensé que te tratarían tan mal. ¿Estás tranquila ahora?

—Sí...

Osborne sonrió y la besó ligeramente en los temblorosos labios.

—Magnífico... —musitó—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que los muchachos del jardín acaben de impacientarse. Tranquila... No temas nada. Todo va a salir bien.

—Estoy... segura de eso. Contigo me siento tranquila...

Cliff la volvió a besar. Señaló la puerta y ambos salieron. Recorrieron el vestíbulo a oscuras y, con la pistola en la diestra, Osborne abrió la puerta con la izquierda.

—Directa hacia el coche... —susurró—. Pero sin prisas. Y no camines tan deliciosamente como acostumbras. Da los pasos largos.

Salieron al porche, descendieron los tres peldaños, comenzaron a caminar por el jardín... Efectivamente, todos los hombres de Carranza, debían estar agazapados, esperando la aparición de Su Majestad El Gato por el tejado, luego por el roble...

Del coche se apeó un hombre, que dio dos pasos hacia ellos, indeciso. Estaban ya a menos de diez yardas del coche cuando el hombre empezó a preguntar:

—¿Por qué...? ¡Eh! ¡Pero si...!

¡Pack! Osborne había alzado la mano y su disparo atronó la noche en el tranquilo barrio elegante de Guanabacoa, cerca del mar... El hombre recibió el balazo en el estómago, saltó hacia atrás, dio de espaldas contra el coche y cayó de rodillas, junto a éste, doblándose sobre sí mismo, gimiendo... Cliff y la muchacha corrían ya hacia el coche, y en el jardín se oían voces excitadas, a la izquierda de ellos. De un puntapié, el

G-man

apartó al agonizante cubano, empujando en seguida a Purificación dentro del coche, por el asiento del conductor. Siguió empujándola mientras entraba él, desplazándola hacia el otro asiento. Dio el contacto, dirigiendo una mirada de soslayo hacia el hombre que se estaba muriendo en la calle.

—Lo siento, pero...

Del jardín llegaban varios hombres gritando. El
G-man

puso la primera, apretó el pedal del gas y el coche salió como lanzado por un cañón, rugiendo.

—¡Agáchate! —gritó.

El lo hizo incluso antes que Purificación, reservándose tan sólo la visibilidad justa para poder conducir sin estrellarse contra una casa o un árbol... En el borde del jardín comenzaron a brillar los fogonazos de numerosos disparos... y Osborne soltó una tensa risita cuando las balas fueron rebotando en los cristales del coche, haciéndolo vibrar, creando un sonido como de campanillas... Evidentemente, Carranza quería viajar seguro, para lo cual, cierto, nada mejor que poner cristales especiales en su coche. Magnífico. Lo malo sería si aquellos hombres conseguían reaccionar a tiempo para comprender esto, y decidían entonces disparar contra las ruedas...

Y lo hicieron, ciertamente. Sólo que su puntería no debía ser demasiado buena, y, en cambio, el conductor del coche estaba demostrando que no era la primera vez que se encontraba en una situación semejante... y que había aprendido a escapar de ella.

CAPÍTULO XII

—Baja.

—Pero aún no hemos llegado a...

—¡Baja! —repitió Cliff—. ¿Qué pretendes? ¿Que lleguemos con este coche hasta la casa de Olmedo?

Purificación salió del coche al mismo tiempo que Cliff, que ya había apagado todas las luces. Lo dejaron escondido entre los arbustos fuera del camino y el

G-man

tomó la mano de la muchacha, tirando de ella, obligándola a caminar tan velozmente que parecía a punto de derribarla de un momento a otro. En menos de diez minutos llegaron a la entrada de la plantación y, una vez allí, Osborne comenzó a correr, siempre tirando de Purificación, que estaba poco menos que sin aliento.

Muy poco después aparecían junto a la casa y en seguida vieron a Jacinto Olmedo, sentado en la terraza, fumando un enorme cigarro, tranquilamente, contemplando las estrellas... Cuando los dos aparecieron ante él, Olmedo pegó un bote en la mecedora, y se atragantó con el humo con tan mala fortuna que comenzó a toser violentamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Pidió el helicóptero? —se interesó abruptamente Osborne.

—Sí... ¡Sí, desde luego! Están esperando que lo llame para...

—Llámelo. Y dígle a su amigo que pase, a recogernos en la cabaña de la plantación. ¿Sabe a cuál me refiero? A la que está a la izquierda del camino, saliendo.

—Sí, sí... ¡Por Dios! ¡Lo han conseguido! ¿Tiene el microfilm, señor Gato?

—Claro. Es decir, no lo tengo encima. Lo dejé escondido en un punto del camino... Llame a su amigo, déle las instrucciones y

reúnase conmigo en esa cabaña, señor Olmedo. Si tiene dinero, o algo de valor que quiera llevarse, recójalo. Pero muy rápidamente.

—¿Cómo? Pero yo no voy a marcharme de...

—Tendrá que hacerlo. Hemos sido delatados. El capitán Carranza pertenece al contraespionaje, y nos estaba esperando a Puri y a mí. Sabía exactamente todo mi plan...

—¡No es posible!

—Bueno... Si quiere quedarse, allá usted. No diga que no le advertí, señor Olmedo. Vamos, Puri. ¡Dése prisa, Olmedo!

Regresaron por el camino y poco después cruzaban el cañaveral, hacia la cabaña, a la cual llegaron en poco más de tres minutos. La puerta estaba abierta, pero ajustada. Osborne la empujó y señaló el interior.

—Pasa... ¿Sabes si hay alguna luz aquí dentro?

—No... No sé... Pero no creo, porque sólo vienen aquí durante el día...

El

G-man

había entrado también, refunfuñando. Recurrió a la pequeña linterna para examinar la cabaña, y lanzó un suspiro al ver un quinqué de gas colgado en la pared. Lo encendió y lanzó un rápido vistazo a su reloj. Luego miró a Purificación, que lo contemplaba como asustada, agitado todavía el pecho por la veloz marcha a que la había estado obligando.

—Tenemos en verdad muy poco tiempo... —musitó Cliff—. Carranza debe haberse recuperado ya, y estará movilizándolo a todos los hombres disponibles.

—Pero no sabe que estamos aquí...

Los gatunos ojos de Osborne se fijaron malignamente en la muchacha.

—Lo sabe —susurró.

—¿Pero cómo puede...?

—Lo sabe. Lo ha sabido casi todo en todo momento, amor. ¿Qué crees que tenían preparada en la casa de Montero, sino una formidable trampa? Sabían que tú llegarías en un coche, que los distraerías y que mientras tanto yo entraría por el roble y el tejado en busca del microfilm...

—¡No podían saber eso!

—Lo sabían. Saben también que he estado en la casa de Jacinto Olmedo todo el tiempo, y que tú estabas conmigo, que mi nombre es Cliff Osborne...

—No es posible... Si sabían todo eso, ¿por qué no vinieron a detenernos?

—He pensado sobre eso, querida. ¿Para qué detenernos, si sabían dónde estábamos, y nos tenían muy bien controlados? Seguramente durante todo el día hemos tenido hombres de Carranza vigilándonos. Al llegar la tarde, se fueron. Ya no hacía falta la vigilancia aquí, puesto que sabían que íbamos a ir a la casa de Esteban Montero, y que allí nos atraparían.

—Pero eso es absurdo... ¿Por qué detenemos allí, y no aquí?

—Porque querían que yo fuese a buscar el microfilm, que lo tomase de donde lo escondió Montero. ¿No lo comprendes, de verdad? Sabían que el microfilm estaba en la casa, pero no en qué lugar de ésta. Si me atrapaban, tenían sus dudas respecto a que pudieran... «convencerme» de que se lo dijera a ellos. Y si, torturándome, me mataban, se quedarían sin saber dónde estaba el microfilm para siempre. ¿Consecuencias peligrosísimas de esto?: que mientras en Washington, Esteban Montero iba exprimiendo su memoria, y delatando aunque sólo fuesen cinco o seis de los futuros jefes de guerrillas revolucionarias, Carranza no sabría nunca quiénes eran los delatados, ni cuántos. Eso obligaría al espionaje cubano que obedece órdenes de Moscú, a retirar a todos los hombres, único medio de salvar a los que, de entre todos, hubiera delatado Montero... Pero sabiendo exactamente cuáles son los nombres que contiene el microfilm, pueden retirar SOLAMENTE esos hombres, dejando a los demás que tengan instalados en los diversos países de Sudamérica y de Estados Unidos. Por eso les interesa tanto el microfilm, para retirar tan sólo a los que convenga, dejando a los demás. En cambio, sino consiguen el microfilm, tendrán que retirarlos absolutamente a todos, con lo que el plan que han dispuesto quedará inutilizado... ¿Comprendes ahora?

—Sí... Sí, comprendo...

—Carranza supo que yo iba a buscar el microfilm, y decidió que, mejor que apresarme ANTES convenía hacerlo DESPUES, cuando yo hubiera recogido el microfilm. Entonces, me detendrían o me matarían, al salir de la casa, sabiendo con toda seguridad que el

microfilm estaba en mi persona. Ya no tendrían que torturarme, ni interrogarme...

—Dios mío, qué... qué plan diabólico...

—Vulgar, nada más, De todos modos, te felicito.

—¿Me felicitas? Bueno, yo sólo hice lo que tú me pediste, y no me importó que Carranza me pegase, porque sabía que, mientras tanto, tú estabas consiguiendo...

—Querida... —sonrió fríamente Osborne—: no me refiero a eso. En verdad, tu actuación fue magnífica... en todos los sentidos. Sobre todo, en tu papel de dulce y apasionada muchachita cubana.

—¿Qué...? No te entiendo... ¿Qué estás diciendo...?

—Te estoy llamando traidora, mi amor.

—¡Cliff! —exclamó la muchacha—. ¿Qué dices? ¡Por Dios, Cliff, no puedes...!

¡Plaf!

La violentísima bofetada alcanzó de lleno el rostro de la muchacha, casi derribándola. Aún estaba tambaleándose cuando Osborne la sujetaba por las solapas de la masculina chaqueta. Los gatunos ojos del federal parecían congelados.

—Escucha, cubanita linda... Mi nombre es Cliff Osborne, soy agente del FBI, y hace tiempo que sé distinguir cuándo me toman el pelo... O lo intentan, al menos. Pero eso, de verdad, no importa. En la clase de juego a que nos dedicamos, eso resulta casi simpático. Sin embargo, en este asunto ha desaparecido un compañero mío: Richard Merrill. Y ahora pregunto: ¿dónde está? ¿Está vivo o muerto? Quiero que sepas que no me iré de Cuba sin él, si está vivo. Y si está muerto, más te valdría estar muerta tú también, porque te voy a hacer pedazos. Te perdono tus besos, tus mentiras, tus trampas... Todo, querida cubanita... Pero quiero saber dónde está mi compañero del FBI y qué ha sido de él. ¿Me explico? ¿Está claro? ¿Okay?

—Cliff... —Lloró la muchacha—. No he sido yo, no sé lo que estás diciendo...

¡Plaf!

La cabeza de Purificación Reyes pareció saltar hacia un lado. Su hermosa mata de negrísimo cabello se soltó, ocultando el dulce rostro ahora crispado por el miedo, el dolor, la pena...

—¿Qué está haciendo?

Cliff se volvió hacia la puerta de la cabaña, donde estaba Jacinto Olmedo, todavía con aquella pregunta de protesta vibrando en sus labios.

—No se meta en esto, señor Olmedo. ¿Pidió el helicóptero?

—Llegará en diez minutos, como máximo. Pero usted no tiene derecho a golpear a la chica...

—¿No? ¿Qué pena sugiere usted para su traición, Olmedo?

—¿De qué habla?

—¡Estoy hablando de que Carranza sabía cuál era mi plan, de principio a fin! ¿Todavía no lo ha comprendido? ¡Usted y yo tendremos que marcharnos de aquí a toda prisa, porque no tardarán en llegar Carranza y sus hombres! ¡Y todo, gracias a nuestra dulce y hermosísima Purificación, la muchachita de los labios tiernos!

—No es cierto... —Lloraba Purificación—. ¡No es cierto!

—¡Yo digo que sí! ¿Quién tenía una radio que le entregó mi compañero Merrill? ¡Tú, querida cubanita! ¿Quieres que te diga cómo funcionan esas radios? Verás: hay dentro unas diminutas placas, que pueden moverse con una horquilla, por ejemplo, de modo que la onda queda cambiada. Es decir, que con esa radio, no sólo podías ponerte en contacto con Merrill o él contigo, sino que, cambiando esas placas, podías llamar a otras personas... Carranza, por ejemplo. Luego, colocabas de nuevo las placas en la onda de Merrill y ya está. ¡Y de este modo, te has ido comunicando con Carranza, teniéndolo al corriente de todo!

—No... ¡No, no, no!...

Purificación Reyes lloraba con fuerza, temblando. Su rostro estaba completamente mojado por las lágrimas.

—Puri —masculló Cliff—: seamos sensatos. Sólo quiero que me digas dónde está mi compañero, o qué ha sido de él. ¡Sólo te estoy pidiendo eso!

—No lo sé... ¡No lo sé! ¡Nada de lo que dices es cierto...!

¡Plaf!

La muchacha lanzó un grito, y habría caído si Osborne no hubiera continuado sujetándola por las solapas, con una sola mano.

—¡Quiero saber qué ha sido de Richard Merrill y tú vas a decírmelo! ¡Si está vivo, te llevaré conmigo, y seréis canjeados, eso es todo! Y si está muerto, dímelo también, para que yo me marche de aquí sin más complicaciones. ¡Te estoy ofreciendo un trato!

—Cliff... —jadeó la muchacha, con un hilillo de sangre en un lado de la boca—. Cliff, no he sido yo... Te quiero, te quiero... No he sido yo...

—No juegues más —mordió las palabras Cliff—. ¡No juegues más a las mentiras, ya no tienes posibilidades!

—¿Por qué no la deja en paz? —refunfuñó Olmedo—. Si su compañero está muerto, nada gana con maltratarla a ella, señor Gato. Y si está vivo, todo lo que tenemos que hacer es llevárnosla en el helicóptero y canjearla más adelante por Merrill, como usted ha dicho.

—Métase en sus cosas, señor Olmedo.

—Eso estoy haciendo, mi amigo —dijo secamente el cubano—. Me he jugado mucho en todo esto y he perdido. Tengo que huir, dejar todo lo mío... ¿A cambio de qué? ¡De nada! Lo único que le pido es que deje de golpear a Purificación... El helicóptero llegará en seguida. Vamos a recoger el microfilm ahora mismo, subimos al aparato y nos vamos. Eso es todo, ¿no está de acuerdo?

—Quizá tenga razón... —musitó Osborne—. La verdad es que no suelo ser brutal, pero me saca de quicio la idea de que quizá la propia Purificación mató a mi compañero...

—¡No fui yo! —gimió la muchacha—. ¡No sé nada de él!

—No le haga ya más caso —volvió a refunfuñar Olmedo—. Vamos a por el microfilm, y así, cuando llegue el helicóptero, podemos marcharnos directamente hacia Miami... ¿Lo tiene escondido aquí?

—No. Podemos...

Se calló bruscamente, alzando la cabeza. El rumor iba siendo más y más claro por encima de ellos.

—El helicóptero —informó innecesariamente Olmedo.

El

G-man

asintió con la cabeza y se volvió hacia Purificación, que, libre de las manos masculinas, se había retirado unos pasos y continuaba llorando, con profundos sollozos.

—Da media vuelta —dijo Osborne.

—¡No! ¡Cliff, no me golpees, no me...!

La mano de Osborne, de canto, golpeó en un lado de la base del cuello de Purificación, que lanzó un grito; sus ojos giraron, su rostro

se crispó y, por la potencia del golpe, cayó hacia atrás, sobre un montón de cajas con trozos de caña de azúcar seca y herramientas... Con el choque, las cajas perdieron su estabilidad, cayeron, volcándose el contenido de algunas de ellas sobre la desvanecida cubanita. Fruncido el ceño, Osborne se inclinó y comenzó a apartar las cajas, herramientas y trozos de caña de azúcar de encima de la muchacha. Se quedó mirando aquella parte del suelo de la cabaña, con el ceño cada vez más fruncido. Y aún se frunció más cuando, al apretar la tierra con un dedo, éste se hundió con relativa facilidad.

Rápidamente, apartó a Purificación Reyes, y alejó a puntapiés todo lo que le estorbaba. Luego, con un viejo machete de los que había allí, comenzó a escarbar en la tierra.

—¿Qué hace ahora? —Se tensó la voz de Olmedo—. ¡El helicóptero está tomando tierra delante mismo de la cabaña!

—Que se espere un momento —susurró Cliff.

Continuó escarbando y, segundos después, con las manos quitaba cuidadosamente unos puñados de tierra. Por fin, aferró aquella cosa que tan cuidadosamente había dejado al descubierto y tiró de ella. Apareció la mano, luego el brazo... Tras él, Jacinto Olmedo lanzó una exclamación y se acercó, presuroso, ayudándole a desenterrar el cadáver. Entre los dos, lo dejaron fuera del hoyo con un último tirón y el

G-man,

casi temblando sus manos, fue quitando la tierra que se adhería al rostro del hombre muerto.

Cuando quedó lo bastante visible para ser identificado, Cliff Osborne se mordió los labios. Estaba muy pálido, y diciéndose que, realmente, no tenía por qué estar sorprendido ante el hallazgo.

—Es Merrill —susurró temblorosamente Olmedo—. Es su compañero del FBI...

CAPÍTULO XIII

El

G-man

asintió con la cabeza. Ciertamente el rostro de Richard Merrill estaba bastante desfigurado, pero podía reconocerlo con facilidad, gracias a la estúpida fotografía que Clarence Hadaway le había enseñado, en su despacho de la Central del FBI en Washington. No había la menor duda: era Richard Merrill.

Durante unos segundos, Cliff Osborne estuvo mirando aquel rostro rígido, sucio de tierra y de sangre... En lo alto de la cabeza, un poco hacia atrás, los cabellos estaban apelmazados, formando una costra dura; al parecer, Merrill había recibido un golpe en la cabeza, propinado por detrás. Luego había caído y...

Osborne alzó de pronto la cabeza, vivamente, volviéndose hacia la puerta de la cabaña.

—Tranquilícese... —murmuró Olmedo—. Es el helicóptero, que acaba de posarse ahí fuera...

—¡Señor Olmedo! —Se oyó, por encima del ruido del motor del helicóptero—. ¡Señor Olmedo!, ¿está usted ahí?

—¿Quién es? —preguntó Osborne.

—Un amigo. De toda confianza, desde luego. El helicóptero está en perfecto estado, aunque ya le dije que era pequeño y viejo. Hay combustible más que suficiente para llegar a Miami. Sólo tenemos que salir de aquí y marcharnos.

—Está bien... Dígame a su amigo que pare el motor y que se vaya lejos de aquí.

—¿Cómo? Pero...

—Su amigo debe irse a pie, naturalmente, dejándonos el helicóptero ahí delante. No creo que sea tan difícil de comprender,

señor Olmedo.

—No es difícil, pero sí resulta increíble. Y muy imprudente. Oh, vamos, señor Gato, tenemos ahí un helicóptero en marcha. Sólo debemos salir, abordarlo y marcharnos. ¿Qué otra cosa mejor se le puede ocurrir a usted?

—Vaya a decirle a su amigo que pare el motor y que se vaya.

Olmedo miró los ojos de Osborne y no le gustó su expresión. Encogió los hombros.

—De acuerdo —admitió de mala gana—. Eso haré. Espero que eso no nos complique la vida.

Salió de la cabaña y, a los pocos segundos, el ruido inconfundible del helicóptero cesaba. Poco después, Jacinto Olmedo entraba de nuevo en la cabaña.

—Hecho —dijo—. Veremos cuánto tiempo está dispuesto usted a perder, señor Gato, ¿no me oye? Le estoy diciendo...

—Le oigo perfectamente —le miró de pronto Osborne—. Venga, quiero que vea esto.

Olmedo se acercó, acucillándose junto al G-man,

que continuaba mirando como obsesionado a su compañero.

—¿Qué he de ver?

—Fíjese bien... Fíjese bien en Merrill, señor Olmedo... ¿No hay nada que le revele a usted cómo sucedieron las cosas?

—Pues... no. No, lo siento.

—Fíjese bien, por favor.

Separó la chaqueta del muerto, mostrando bajo ella la camisa blanca, pero teñida profusamente de sangre. Todo el torso de Richard Merrill mostraba manchas de sangre, que se habían ido juntando. Había no menos de quince y, muy abajo, en el abdomen, otra mancha, endurecida y negra la sangre... Osborne rasgó la acartonada camisa, dejando al descubierto la carne de su compañero. Efectivamente, había numerosas heridas en todo el pecho, y una más abajo, en el abdomen, horrible, tremenda, muy profunda. Por aquel espantoso boquete había escapado la vida de Richard Merrill, no cabía duda.

Luego Osborne alzó la mano izquierda de Merrill. Todavía se veía en la muñeca la cuerda, floja, suelta.

—¿Comprende ahora, Olmedo?

—No. Señor Gato, estamos...

—Osborne. Cliff Osborne, señor Olmedo.

—Bien... Eso no importa. Mire, señor Osborne, debemos marcharnos de aquí cuanto antes. Ese Carranza no tardará en venir, podemos asegurarlo.

—Es cierto... No tardará en venir. ¿Quiere que le explique cómo sucedieron las cosas?

—¡No hay tiempo! —exclamó Olmedo, nervioso—. ¡Vamos a buscar ese microfilm y larguémonos de estos lugares!

—Espere... Paciencia, señor Olmedo... Paciencia. Un buen gato siempre tiene paciencia. Sobre todo cuando sabe que puede permitirse ese lujo. Le diré cómo sucedieron las cosas. Verá: Richard Merrill estuvo en su casa de usted, le dijo que había tenido que separarse de Esteban Montero en el aeropuerto, le pidió ayuda, usted envió a Pedro... Luego Merrill salió de la casa de usted, cruzando por entre las cañas, temeroso de que si le veía alguien no conveniente, las cosas pudieran complicarse. Desde esta cabaña quizá, o desde fuera, llamó a los colaboradores de La Habana, les dijo... No, no, no... Primero llamó a Montero, que estaba en el aeropuerto... Eso es: primero llamó a Montero, el cual le dijo que estaba en el aeropuerto, en el inodoro número cinco. Luego, Merrill llamó a los colaboradores de La Habana, les dijo cómo estaban las cosas y decidió ir en busca del microfilm, efectivamente, a la casa de Esteban Montero...

—¡Ya sabemos eso! ¡El tiempo...!

—Tenemos tiempo. Decía que Merrill quiso ir a la casa de Esteban Montero, pero no pudo. Aquí mismo seguramente se encontró con una persona. Mejor dicho, una persona había venido tras él... Una persona en la que Merrill confiaba, hasta el punto de que, en determinado momento, posiblemente después de conversar sobre algo, le volvió la espalda. Esa persona, entonces, le golpeó en la cabeza, por detrás, dejándolo sin conocimiento, siquiera fuese momentáneamente.

Jacinto Olmedo estaba pálido. Su mirada fue hacia la desvanecida Purificación Reyes.

—Por Dios... ¿Cree que ella hizo todo eso?

—Bueno... Sólo sé que esta tarde, Purificación quiso que ella y yo viniéramos a esta cabaña... ¿Qué opina de eso?

—No sé. Quizá... quizá pensaba hacer con usted lo mismo que había hecho con Merrill...

—Tiene lógica, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Pero parece imposible que una muchacha como Purificación pueda hacer esas cosas.

—Los espías hacen cosas que nadie creería, señor Olmedo... Bien, parece que sabemos mucho más de lo que le conviene a nuestra dulce Purificación. Será mejor que nos vayamos de aquí... ¿Se ha marchado su amigo?

—Sí. Tenemos el helicóptero para nosotros solos.

—Espléndido. ¿Sabe cómo funciona?

—Claro.

—Pues vaya a ponerlo en marcha. Yo voy a ocuparme de llevar allá a la señorita Reyes.

—¡De acuerdo!

Jacinto Olmedo salió de la cabaña y segundos después se oía de nuevo el rumor del motor del helicóptero. Osborne cargó con Purificación y la llevó al aparato, dejándola en la parte de atrás, ayudado por Olmedo. Luego volvieron juntos a buscar el cadáver de Richard Merrill, que también fue colocado atrás.

—Será mejor atar a Purificación... —murmuró Cliff—. Iré a buscar una cuerda.

—Dése prisa... Usted no tiene nervios, señor Osborne, pero yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo. Estamos abusando de la suerte.

—Vuelvo en seguida.

Entró en la cabaña, recogió un trozo de cuerda, apagó el quinqué de gas y salió corriendo. Subió al helicóptero y tocó a Olmedo en un hombro.

—¡Vámonos!

—¿Hacia dónde? Aún no me ha dicho dónde dejó el microfilm...

—Vaya hacia la playa en línea recta. Tengo que orientarme primero.

—De acuerdo.

El aparato comenzó a elevarse, mientras Osborne colocaba la cuerda en las muñecas de Purificación, que continuaba inconsciente. Por fin se enderezó en el asiento, suspirando.

—Aunque bien pensado —musitó—, no tiene demasiada lógica.

—¿El qué?

—Que ella quisiera meterme en la cabaña para golpearme y torturarme igual que a Merrill. ¿Para qué, si sabía que a las pocas horas yo mismo recogería el microfilm y sería muerto por los hombres de Carranza, en la encerrona de la casa de Esteban Montero? Bien está que atacase a traición a Merrill, y lo torturase, en un intento de conseguir el microfilm por la vía rápida, pero conmigo las posibilidades eran mucho mejores, ¿no le parece?

—Usted piensa demasiado —gruñó Olmedo.

—Nunca se piensa demasiado. Ésa es siempre la clave del éxito, señor Olmedo. Cualquiera es capaz de matar a una o varias personas, de disparar unos tiros, de robar, de delinquir de mil modos... Pero no todo el mundo es capaz de pensar. Y los que pensamos, somos siempre los que ganamos la partida.

Olmedo encogió los hombros.

—¿Qué dirección tomo ahora?

—Siga hacia la playa, y no deje de volar por encima de la costa... Y ahora que pienso: esos dos pobres muchachos cubanos que secuestraron el avión del vuelo Baltimore-Miami, también habrán sido delatados. Es claro... Mucho me temo que lo van a pasar francamente mal. Y todo por culpa de la traición. Es indignante, ¿verdad?

—Ellos sabían el riesgo que corrían, supongo.

—Sí... Lo sabían. Pero, a su manera, quisieron ayudar a la Cuba querida de los tiempos anteriores a Castro. Todavía no han abandonado las esperanzas de expulsar el comunismo de la isla. Esos dos muchachos que pagarán muy cara su colaboración con el FBI, y otros muchos como ellos, quieren su Cuba libre. Y ellos, algún día, volverán.

—Ojalá —musitó Olmedo—. También yo...

—Vaya un poco tierra adentro ahora. Ya identifico el lugar... Hacia la carretera, señor Olmedo.

—Bien.

—Vaya descendiendo ya.

Jacinto Olmedo asintió con la cabeza. Siguiendo las indicaciones de Cliff Osborne llegaron por fin a la carretera, junto a la cual, en un lugar atestado de palmeras, quedó finalmente detenido el helicóptero.

—Bien —suspiró Olmedo—: vaya a buscar el microfilm; le espero aquí.

—El microfilm lo tengo yo en un bolsillo, señor Olmedo.

El cubano miró al yanqui y, en la oscuridad vio el felino brillo de las pupilas.

—¿Cómo? —susurró—. ¿Lo tiene usted? Pero...

—Es que no me fiaba de Puri, señor Olmedo. En realidad, no me fío de nadie nunca. ¿Sabe una cosa? Estaba casi convencido de que Purificación no había tenido nada que ver con la traición. Tenía algunas dudas, pero muy pocas. Y se disiparon todas cuando encontré a Richard Merrill.

—No comprendo.

—Ella no pudo matarlo. Pudo, eso sí, golpearlo en la cabeza, torturarlo..., pero no pudo clavarle un machete con aquella fuerza en el vientre. Puri no tiene la fuerza suficiente para producir esa herida tan profunda, tan fuerte. Existe la traición, con todos los detalles que le he explicado, sólo que no es Purificación mi personaje. Ha tenido que ser un hombre.

—Pues... ¿Pedro? Le juro que es de confianza...

—Oh, sí, le creo. También a mí el buen Pedro me parece de toda confianza, se lo aseguro. Pero, pongamos las cosas de esta manera, señor Olmedo: si yo muestro ahora el microfilm, ¿quién es la única persona que puede arrebatármelo en estos momentos?

—Mmm... ¿Yo?

—Evidentemente.

—Pero yo no quiero arrebatárselo nada...

—Sí, hombre, sí. ¿Por qué cree que Carranza y sus hombres no han aparecido en su plantación? Han tenido tiempo de sobra. No han aparecido, porque, además de llamar usted a su amigo del helicóptero, le ha dicho a Carranza, quizá por radio, quizá por teléfono, que no interviniera, ya que usted se iba a encargar de mí. En cuanto yo recogiera el microfilm del lugar donde lo había escondido hasta poder ir a buscarlo con el helicóptero, usted me iba a matar... Usted es el traidor, señor Olmedo. Solamente usted. Ha estado recurriendo a tretas continuamente, ha hecho su propio juego dejándome ir a buscar el microfilm después de convencerse de que un agente del FBI es demasiado duro de pelar... ¿Para qué molestarse si el propio agente del FBI puede servirnos el microfilm

en bandeja de plata? Por culpa de usted han detenido a dos muchachos cubanos, en serio, dispuestos a juzgarlos severamente, no por el secuestro de un avión, sino por colaborar con el FBI en contra de los intereses de la Cuba de Fidel Castro. Y no sólo eso, sino que ha torturado y asesinado a un agente del FBI. Y después de todo esto, usted se viene tranquilamente conmigo, esperando matarme en cuanto vea con sus propios ojos el microfilm. ¡Qué listo es usted!

—Usted tampoco es tonto —deslizó secamente Olmedo.

—Baje del helicóptero.

—¿Qué piensa hacer? —dijo sarcásticamente Olmedo—. ¿Matarme?

—Es posible. Baje.

Jacinto Olmedo se movió, como dispuesto a saltar del helicóptero. Casi no podían verse el uno al otro, pero, de pronto, Olmedo aceleró tanto sus movimientos, volviéndose hacia el

G-man,

y llevando la mano al bolsillo interior de la chaqueta, que no hacía falta luz alguna para saber lo que intentaba el cubano.

¡Pack!

Dentro del helicóptero brilló el fogonazo del disparo. Y Jacinto Olmedo lanzó un alarido al recibir el balazo en el vientre. Todavía estaba estremeciéndose cuando ya Osborne le había quitado su pistola, que tiró fuera del aparato.

—¿De verdad creyó que podría sorprenderme, Olmedo? —preguntó acremente—. ¡Pero si estaba deseando que usted intentara algo!

—Mal... maldito yanqui de todos... los demonios... —jadeó Olmedo—. ¡No saldrás vivo de Cuba!

—Saldré. Y vivo, desde luego. Carranza y sus hombres van a estar esperando mucho rato a que usted se presente con mi cadáver y con el microfilm. Mientras tanto, yo estaré volando hacia Miami.

Cliff Osborne estuvo unos segundos mirando el brillo de aquellos ojos. Luego, lentamente, se volvió hacia la parte de atrás del helicóptero, donde estaban Purificación y el cadáver de Richard Merrill.

—Lamento no haber podido hacer más por ti, compañero —musitó.

Puso una mano en el rostro rígido de Jacinto Olmedo y lo empujó fuera del helicóptero, con un gesto hostil, rencoroso. Siempre hay una primera vez para todo. Incluso para matar fríamente a un hombre. Muy lamentable, pero, evidentemente, Jacinto Olmedo se lo había ganado con todos los merecimientos.

Y, ciertamente, el FBI no había enviado a Cuba a Su Majestad El Gato para que, a su regrese, dejase cuentas pendientes. No... No es ésa la norma del FBI, y Su Majestad lo sabía perfectamente. En lo posible, el FBI soluciona siempre sus asuntos sin dejar cuentas pendientes.

FINAL

Russ Jones apareció en el despacho de Clarence Hadaway precipitadamente, sin llamar, y colocó ante el jefe de los servicios de contraespionaje del F. B. I, un montón de grandes fotografías, en las que sólo se veían nombres y direcciones, en distintos países americanos... Hadaway les echó sólo un vistazo y miró vivamente a su ayudante.

—¿Han salido todas las microfotos, Russ?

—Todas, señor.

Hadaway tomó el montón de microfotos ampliadísimas, volvió a mirarlas y se puso en pie, de pronto.

—Que llamen a Tony a Miami, Russ. Tony Leopard, ya me entiendes. Nos ocuparemos inmediatamente de los cubanos que están en Estados Unidos. De lo demás... ¿Algo más, Cliff?

Se había interrumpido en sus órdenes para mirar amablemente a Su Majestad El Gato, que se había puesto en pie y parecía no saber qué hacer.

—¿Qué debo hacer yo, señor? —preguntó.

—Ha hecho suficiente. Regrese a su Delegación, eso es todo. Respecto a Esteban Montero, él está bien. Dígaselo así a la señorita Reyes, por si le interesa saber qué es de su jefe.

—Respecto a la señorita Reyes, señor... ¿Puede ella venir conmigo a Richmond?

—¿Para qué? Sus papeles todavía no están en regla, y... ¿Para qué quiere ella ir a Richmond con usted Cliff?

—Bueno, señor... A Puri le encanta el turismo.

Russ Jones se echó a reír y Clarence Hadaway estuvo mirando de uno a otro agente, con el ceño fruncido. Acabó sonriendo.

—Cualquiera entiende a las mujeres, ¿verdad, Cliff? Usted le

pegó a esa chica muy duramente, y ahora ella no quiere separarse de usted... ¿Cómo se las ha arreglado para que ella le perdonase?

—Pues... No se lo va a creer usted, señor.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo... Cuando ella despertó, le dije: «¿Miau?», y ella me besó, señor. Así de simple. Nos entendemos muy bien. Y si el Tío Sam no se opone, me parece que tendremos gatitos mitad cubanos mitad yanquis. Cosas de la vida, señor.

—Sí... Cosas de la vida. De acuerdo, llévesela a Richmond... y que le aproveche. ¿Dónde está ella ahora?

—Esperándome en el despacho de Jones, señor.

—Oh, aquí mismo, ¿eh? Está bien, está bien... Puede marcharse. Buena suerte, Cliff.

Tendió su mano. Osborne la estrechó fuertemente, carraspeando.

—Esto... Si me necesita para todo esto, señor...

—No, no. Deje eso de mi cuenta. Maldita sea, Cliff, ¡adiós! ¡Quedan muchas cosas que tengo que organizar para terminar este asunto!

—Sí... Sí, señor... Adiós. Siempre que me necesite, ya sabe que en la Delegación de Richmond... Yo... Adiós. Adiós, Russ.

—Adiós, Su Majestad —rió Russ Jones.

Cliff Osborne salió del despacho de Hadaway, el cual se dispuso a seguir dando órdenes a su ayudante. Pero éste se había acercado a la puerta, que había quedado un poco entreabierta, y estuvo allá, mirando y oyendo durante más de medio minuto. Cuando se volvió, enrojeció intensamente, al observar la mirada de Hadaway fija en él, severamente.

—Lo siento, señor... —balbuceó—. Sólo quería saber si... Vaya, por todos los demonios... ¡Es asombroso, señor!

—¿Qué cosa?

—Pu... pues... Su Majestad El Gato, digo el agente Osborne se ha acercado a esa cubanita y le ha dicho «¿Miau?»... Entonces, ella le ha besado a toda máquina, ha respondido «Miau» y se han marchado muy abrazaditos.

—Parece que eso del «Miau» da buenos resultados —sonrió Clarence.

—Sí, señor... ¡Cáscaras! ¡Hasta yo podría emplearlo, cuando salga con alguna chica que...!

—Poco a poco, Russ. En primer lugar, olvida todas esas cosas, porque tenemos muchísimo trabajo que hacer y organizar. Y ha de ser pronto... En segundo lugar, quizá a ti no te diese resultado el truco de Cliff Osborne. A fin de cuentas, no basta decir «Miau» para ser Su Majestad El Gato...

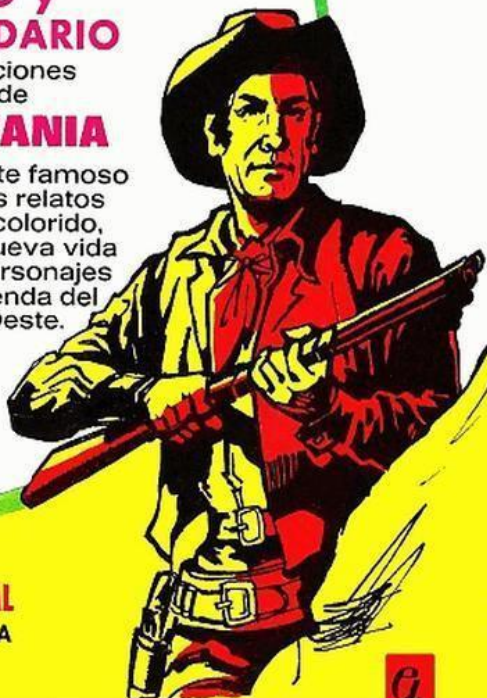
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Al mencionar a *Baby*, el autor se refiere aquí a su personaje femenino Brigitte Montfort, la más sensacional espía de todos los tiempos, cuyas aventuras se narran en nuestra colección ARCHIVO SECRETO. (Nota del Editor). < <